

# La paloma engominada

## Relatos de prisión

### Argentina – 1975-1979

Felix Kaufman

Carlos Schmerkin

#### Prefacio

Todo drama humano, hasta que no es saldado, reaparecerá cíclicamente sin remedio.

La escalofriante destrucción del tejido social que produjo la dictadura militar argentina y que comenzara ya durante el lopezreguismo, fue una aplanadora sin precedentes.

Reconstruir una sociedad tan lastimada, requiere memorias tozudas, como la de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, además de una determinación de parte de todos nosotros, por crear juntos otras reglas de juego. Otros modos de hacer política y un cuestionamiento de cada uno de nosotros desde el lugar que ocupamos: trabajadores y campesinos junto a científicos, maestros, ONG's, gobernantes, artistas, intelectuales. Es un desafío difícil pero posible si ponemos coraje y esperanza.

Una inmensa mayoría de argentinos hemos devorado centenares de testimonios sobre el período 1974-1983 que asoló nuestra sociedad, Nos introdujimos en los de alto vuelo literario y aquellos sin pretensiones estéticas. Unos y otros emocionan por su germina palpitación humana, su fuerza, o el candor de sus personajes.

Frente a un tiempo de la humanidad sumergido en la deriva individualista, estos testimonios traducen una sensibilidad cada vez más necesaria. Carlos y Félix van desgranando personajes y situaciones con sencillez. No sólo las más terribles de la tortura en ese infierno de las cárceles o chupaderos que luego de la muerte de Perón desencadenaron con feroz impunidad una represión inédita que sufrimos decenas de miles de conosureños. Como si estuvieran en una rueda de amigos o familiares, mirándose a los ojos con un mate cómplice de reencuentros, Félix y Carlos relatan con un lenguaje horizontal.

Es sana esa poderosa pulsión para comunicar hasta qué punto el ser humano en situaciones límites, puede reinventar la vida. Desfilan así las requisas comandadas por matones que se sentían omnipotentes, la adrenalina de los cautivos, las astucias para sobrevivir en ese estado de ajena al que sometían a los presos... El humor posible, el lenguaje de las manos.

El cuidarse mutuamente encontrando las palabras para aliviar el sufrimiento de un camarada, el descubrir reflejos vitales que uno desconoce en sí mismo, el redescubrir la libertad intelectual, el recordar errores en los análisis de coyuntura pasados, con sus rectificaciones, las "Peñas", la relación con la familia pese a censuras absurdas y humillaciones.

...Y, como parte del libro, atraviesa una historia de amor que no fue, pero que permitió a una adolescente candorosa proveniente de una familia judía, recorrer el camino de la solidaridad.

Miguel Ángel Estrella. Buenos Aires, 17 de Octubre 2000

*A los ciudadanos argentinos o extranjeros, atrocemente asesinados por los esbirros de la dictadura. A los millares de desaparecidos, de quienes ni siquiera tenemos derecho a saber su fin.*

*A los organismos de derechos humanos, en especial a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, que han resignificado el derecho a la identidad.*

*A los compañeros de prisión, maravillosos a la hora del aguante psíquico, moral y físico.*

*A nuestros hijos de entonces, Nicolás y María Marina que sufrieron valerosamente nuestra ausencia durante los años de prisión y los avatares del exilio; a bs que vinieron después, en nuestra nueva vida: Maríe-Julie, Julián y Giuliana. A nuestros familiares y amigos, que nos acompañaron y a aquellos que aun nos acompañan en esta nueva aventura. A la infinita paciencia de nuestras compañeras, Annie y Ana Maña.*

*Una noche, mientras relataba algunas de las anécdotas que se leerán en este libro, la Pauli, que tiene y años, es decir, que nació después de la dictadura, interrumpió estentóreamente gritando, con sus enormes ojos ganados por el asombro: "pero... ¿de qué colegio estás hablando?". A las Paulis, a las cuales tenemos que transmitir y enseñar de qué "colegio" estamos hablando.*

*A los valientes maestros argentinos que, en otros colegios, educan a las Paulis en la Memoria.*

## **Prólogo**

Politicólogos, "sabios analistas", acreedores interesados y gerentes diversos de las finanzas internacionales, han calificado a la Argentina, nuestro país, de "imprevisible", "poco serio", y -con un poco de carga literaria-, hasta de "misterioso". No hay tal misterio: el nuestro es un pueblo herido, herido en su carne, en sus emociones, en sus estómagos. Herido por largos períodos de represión salvaje y saqueo económico. Un pueblo que reacciona seriamente, previsible mente, frente a tanta agresión. Un pueblo memorioso.

Tan seria y previsiblemente memorioso que sus políticos, en el gobierno o en la oposición, se ven obligados a pronunciarse, de alguna manera, frente a tanta memoria. Unos proponen olvidar, otros recordar. Todo en diversos grados: recordar sin castigar, olvidar del todo, recordar a medias.

El gobierno de Alfonsín, el primero después de la caída de la dictadura de Videla y sus sucesores, tomó en la primer etapa la ejemplar medida de enjuiciar y castigar a los principales culpables de la masacre. Y, en una segunda, la de perdonar a los "subordinados", mediante las leyes de "Punto Final" -un auténtico despropósito jurídico-, y "Obediencia Debida", el argumento con que los nazis se defendieron en los Juicios de Nüremberg. El gobierno de Menem -que completó la obra de destrucción del patrimonio nacional iniciada por la dictadura-, indultó a los condenados. Bajo el gobierno actual del Presidente Kirchner el Congreso derogó las

leyes de Punto Final y Obediencia debida y el Poder Ejecutivo confiscó el trágico centro de torturas llamado Escuela Superior de Mecánica de la Armada (iun nombre perfectamente adecuado!) para convertirlo, precisamente, en Museo de la Memoria. Al mismo tiempo tomó severas medidas de depuración de las Fuerzas Armadas y de Seguridad de la dictadura. En un sentido o en otro, ningún político, ningún juez (en el curso de estas dos décadas se sucedieron y se siguen sucediendo centenares de juicios contra los victimarios), tuvieron el marco que les permitiera ser indiferentes frente a este tema decisivo. El nuestro es un país muy serio.

En diciembre del 2001, cuando el efímero presidente De la Rúa sugirió acallar la indignación popular ante la perfectamente previsible debacle económica y financiera a la que el saqueo condujo finalmente al país, mediante la imposición del Estado de Sitio, esqueleto jurídico (e histórico) de la represión institucional, millones de argentinos salieron a la calle y el gobierno cayó. Ningún misterio: seriedad y previsibilidad.

En ese marco, me llega un mail de mi amigo, empresario, editor, militante, antiguo prisionero del atroz régimen dictatorial argentino Carlos Horacio Schmerkin, proponiéndome escribir un libro sobre nuestra común experiencia en algunas de la cárceles de presos políticos de la Argentina durante el llamado "Proceso". Inmediatamente se me ocurrió que él mismo participara como coautor.

Carlos, a quien llamo "Yomer" y con quien nos apodamos "compadres", reside en Francia, adonde llegó exilado y reconstruyó su vida después de aproximadamente más de 3 años de prisión y 6 meses de "libertad vigilada".

Yomer me proponía, entonces, contribuir a la recuperación de la memoria, la memoria que salva a este pueblo sufrido, masacrado y esquilmado, de caer en la indignidad.

El disidente soviético Alexander Solzenitzin relata en su libro "El Primer Círculo" la vida y los sufrimientos de los prisioneros "privilegiados" (por su condición de intelectuales utilizables por el régimen) durante el período stalinista. Leí su libro en 1969, en prisión durante la dictadura de Ongam'a, y me asombraron las similitudes: las cárceles son cárceles en cualquier lugar del mundo, en cualquier período de la historia. Los carceleros ídem, Al comenzar a redactar las primeras anécdotas, pensé que Carlos y yo tuvimos la suerte de caer en el primer círculo de la salvaje represión videlista. Por empezar fuimos detenidos durante el prólogo de la misma, el gobierno de Isabel Perón. Una azarosa combinación de circunstancias, la disciplinada actitud del grupo de compañeros detenidos, la reacción inteligente y valerosa de nuestras compañeras, familiares y amigos, impidió que fuéramos asesinados. A diferencia de millares de ciudadanos argentinos (iba a decir militantes, lo que es inexacto e injusto), no desaparecimos, no fuimos ejecutados. Estuvimos en la cárcel de Devoto y luego en la 9 de La Plata, llamada "cárcel modelo" y designada por los represores como "vidriera" internacional, frente a los organismos internacionales de derechos humanos.

Después, en el curso de los largos meses de trabajo, reflexioné acerca de que el "nuestro" no era exactamente el primer círculo sino el segundo: el primer círculo fue el que vivieron la inmensa mayoría de los argentinos. Encerrados en un infierno sin rejas de hierro, sin muros de cemento, un infierno circundado por el terror, la angustia, la prohibición de pensar. Y de reír.

Todos fuimos víctimas. Reivindicar este concepto es -para nosotros-, muy importante. Es uno de los objetivos de este libro. Esto explica que este pueblo no olvide ni perdone, lo que no exige a nadie de insistir en la preservación de la memoria.

Este libro no tiene pretensiones literarias. Sin embargo, desde su concepción, se nos ocurrió intercalar -entrelazada con las anécdotas que relatamos-, una historia imaginaria, una historia de amor

persecución y sufrimiento que transcurre durante ese período negro de la historia nacional.

Al incluir esta historia quisimos abarcar tanto a las víctimas directas, a las víctimas evidentes, a los prisioneros, a los secuestrados, como a las víctimas indirectas. En ella -a su vez-, se mezclan militantes con ciudadanos comunes, es decir, ajenos a toda actividad política pero que sin embargo se vieron envueltos, involucrados, por la represión y -en algunos casos-, en la lucha contra la represión. Y esto, simplemente, puramente, como ocurre en la vida, en cualquier vida, a partir del amor al otro.

Sí. Amábamos, llorábamos, reíamos. La muerte y el sufrimiento estaban presentes de una forma más brutal e inesperable que en la vida "normal". Pero la muerte y el sufrimiento son parte de la vida. Rescatamos eso: si lo que la dictadura quiso, matando, secuestrando, vendiendo criaturas, torturando, fue acabar con la vida, fracasó. Muchas de sus víctimas no sólo sobrevivieron: también vivieron.

Por eso, contamos que lloramos y sufrimos, pero también que reímos. Como Jules Fucik<sup>1</sup> -ejecutado por la Gestapo, en nombre de todas las víctimas, queremos decir: "he nacido por la alegría, por la alegría he ido al combate, por la alegría muero: que la tristeza jamás sea unida a mi nombre".

Que la tristeza jamás sea unida al nombre de nuestro pueblo, nuestro pueblo serio, previsible, nada misterioso, pero sí memorioso, que sigue luchando por recuperar plenamente la alegría a la que nunca renunció.

Félix Kaufman 8/10/2004

## **Nota a la edición argentina**

La primera edición (bilingüe) de este libro fue publicada, en noviembre del 2004, en Francia (país que recibió millares de exilados de la dictadura); allí vive desde hace veintiséis años uno de los autores, gerente editorial. En París, auspiciado por el *Observatoire de l'Argentine Contemporaine* tuvimos el honor de que fuera presentado por Jorge Semprún, ex prisionero en el campo de Buchenwald, novelista y ensayista prestigioso, ministro de cultura de España durante cuatro años y por nuestro compatriota, músico notable, víctima argentina de la dictadura uruguaya, el pianista Miguel Ángel Estrella, hoy embajador argentino en la UNESCO. Naturalmente, nuestro deseo y nuestro objetivo era publicarlo en Argentina. Y aquí estamos.

Entre ese momento y la edición argentina se produjo un hecho fundamental en la lucha por el castigo de los culpables del genocidio perpetrado por Videla, sus secuaces y sucesores durante la dictadura contra el pueblo argentino: *la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida por la nueva Corte Suprema de Justicia*.

Muchos países han sabido castigar parcialmente a sus genocidas.. Algunos no. En casi todos los que castigaron, algún -gobierno -con frecuencia el mismo que inició el castigo-, en un momento del proceso, decidió frenarlo, poniendo un Punto Final o derogando las leyes de castigo, o ambas cosas, temerosos de que el proceso arrastrara gran parte o una porción sustancial del aparato del Estado o al menos de sus fuerzas armadas. Esto sucedió en la Argentina.

Todos conocemos algunos, muchos o todos esos casos. Todos conocemos derogaciones de leyes de castigo de los represores del pueblo. En cambio, difícilmente conozcamos algún caso en el mundo y en la historia, en el espacio y en el tiempo -si es que lo hay-, de derogación de leyes de perdón de los genocidas.

Se trata pues de un hecho histórico, producto de la lucha encarnizada de las múltiples y variadas Organizaciones de Derechos Humanos que lograron enraizar la memoria en la mente de la mayoría de los argentinos. Este libro intenta constituir un pequeño aporte en ese combate.

La anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida eleva nuestra lucha común hacia una nueva y profunda etapa.

Julio del 2005

## **La Caída**

Cuando Pister irrumpió como una tromba en la "sala de impresiones", gritando "la cana, la cana, la cana" (sus grandes ojos claros y saltones completamente desorbitados), yo estaba escribiendo a mano un documento político cuyo contenido no recuerdo. La vida me dotó de una extraña calma en los momentos cruciales. No es un rasgo de coraje superlativo, más bien una coraza de resignación acentuada, protectora y -de paso- útil. Tomé el documento inconcluso, escrito con letras cursivas enormes y bastante indescifrables en papeles de gran tamaño y lo guardé en medio de una pila de papeles de impresión en blanco. Después salí por una puerta lateral hacia el gran patio topándome con la boca del cañón de una pistola calibre 45 o algo así, enarbolada por un -después lo supe-, famoso comisario de los servicios de la Federal, entrenado especialmente en "sovietología" (i): el comisario Alaiz. El hombre ordenó que levante las manos y en los minutos siguientes, entre la selva de recuerdos confusos, gritos, muchísimos policías, armas automáticas e itakas, se destaca la frialdad del piso damero del patio de la vieja casona chorizo. Y las itakas que de pronto me "acariciaban" la nuca, de pronto la oreja, mientras uniformados y personajes de civil iban y venían, trayendo y llevando cosas y dando órdenes.

Boca abajo estábamos Pister, Horacio y yo.

Yomer juega el rol -como fue convenido-, de "dueño" de la imprenta y patrón de los tres infelices boca abajo. Calma y apostura ante el Comisario de la Seccional que, a su vez, trataba con dignidad al "empresario", convencido de que éramos unos pobres "giles" que imprimíamos política en tanto que simples proveedores. En un momento aparecieron el comisario y el "empresario" en el patio y Yomer "descubrió" que "sus muchachos" -así nos mencionó-, estaban en la penosa situación descripta. Protestó, De inmediato, el comisario ordenó ponernos de pie, eso sí,

contra la pared. Mis piernas temblaban: hice esfuerzos inútiles para dominarlas. No sé cuantas horas pasaron. Varias, sin duda. Después nos trasladaron a las "oficinas" de la "empresa". Desorden total todo volcado, incluyendo decenas de chapas de impresión de viejos periódicos. Se produjo un debate. No sobre la vida y la muerte, sino sobre nuestras vidas y nuestras muertes. Tipos de civil querían llevarnos con ellos; al comisario, sabiendo lo que nos esperaba, le parecía estúpido e innecesario porque "son giles". Los "giles" fuimos testigos de una discusión en que se jugaban nuestras vidas.

El Comisario impuso su criterio, lo que -después lo sabremos-, le costaría la carrera. Nos llevaron a la comisaría en calidad de "invitados". Cuando me tocó firmar el acta, comuniqué con aparente-inocencia mi decisión de no aceptar la "invitación". El Comisario se esforzó en explicarme que ese no era propiamente mi derecho, que debo aceptar la propuesta. Cosa que sólo hice después de "consultar" al "Sr. Schmerkin", esto es, a "mi patrón".

Nuestra parodia fue perfecta. La policía nos llevó convencida de que nada teníamos que ver con la "subversión". Eludimos a los servicios y a una muerte segura en algún descampado. Corrían los tiempos de Isabel, tiempos de las Tres A, de López Rega, de asesinatos en supuestos enfrentamientos.

Félix

## ***La Caída II***

Formalmente, el país era presidido por Isabel Martínez de Perón. Aproximadamente a las 14 horas del día 30 de octubre de 1975, estando en mi oficina de Ia4mprenta en la que trabajábamos cuatro compañeros, escuché sonar el timbre de la entrada.

Abrí la puerta. Alguien me encañonó gritando: "¡No te muevas o !"  
te quemo!"

Segundos después entraron una cantidad de policías uniformados. Aplastado contra la pared con una pistola en la sien, pensé: "Están de uniforme, no son paramilitares".

Lo que sucedió después, durante las tres o cuatro horas del allanamiento roza lo tragicómico.

Hice de "patrón", sorprendido del trato a mis "empleados" que estaban boca abajo en el patio, apuntados por las ametralladoras de varios policías. Lo cierto es que mi actuación surtió efecto: los compañeros pudieron levantarse.

La policía me interrogaba sobre el material encontrado: revistas y periódicos de izquierda, libros de Trotsky y trabajos comerciales. Buscaban material más comprometido con la guerrilla y estaban un poco desorientados. Pensé que mi discurso los estaba convenciendo a tal punto que en un momento se me ocurrió decir: -¿Puedo llamar a mi abogado? A lo que el comisario respondió: - ¿Pero qué te crees, pibe, que estás en Estados Unidos?

Luego me interrogaron dos tipos, aparentemente de los servicios, prepotentes y amenazantes. Seguí con mi argumento de imprenta comercial hasta que decidieron llevarnos a ia comisaría, después de haber constatado que no había armas. Sólo encontraron una sirena que -aduje-pertenecía a la lancha que mi padre tenía en el Tigre. Supuestamente debíamos ponerla en marcha en caso de allanamiento para que "los vecinos del barrio salieran en nuestra defensa".

Nos metieron en calabozos, incomunicados. Mi preocupación era en ese momento que nos hagan desaparecer. Al mismo tiempo pensaba en si mi familia adoptaría las medidas necesarias para ubicarnos.

Bien entrada la noche y. con un hambre atroz escuché ruidos en el pasillo y un sonido familiar: la tos de mi padre, tan particular, tan suya. Sentí alivio: estábamos legalizados. No se me ocurrió pensar en el mal momento que estaba pasando mi viejo. Ese sonido de su tos me acompañará todo el resto de mi vida puesto que heredaré el misino. Cada vez que escucho mi propia tos me acuerdo de ese momento "liberador" de nuestra caída.

Carlos

## **Entre Bomberos**

Pasamos unos diez días incomunicados en la Comisaría. Mientras la policía y los servicios libraban su batalla respecto de nuestros destinos nuestras compañeras habían activado todo lo que era posible movilizar políticamente, haciendo pública nuestra detención a nivel prensa, legisladores, abogados, organizaciones defensoras de libertades, etc. Con lo cual los servicios demostraron tener razón... pero tardíamente.

Un día, una mañana creo, el comisario me hizo conducir a su despacho, que me pareció palaciego después de días en la celda estrecha, oscura y sucia. Me invitó con un café, cigarrillos y me interrogó: no, yo jamás había tenido actividad política o sindical, nada sabía, etc. Entonces, mientras abría una gaveta de su escritorio y sacaba una impresionante pila de papeles, dijo: "vamos Kaufman, entre bomberos no nos vamos a pisar la manguera". La pila gritaba mi prontuario real y no tanto, detenciones, cárceles, juicios, condenas y episodios más o menos ciertos, más o menos absurdos. La simulación había perdido su eficacia. Sólo atiné a decirle que, de todas maneras, sería muy difícil incriminarnos legalmente, ya que, legalmente, todo estaba perfectamente armado: una empresa de la que yo era, con otros, personal en relación de dependencia; una empresa que tenía, entre otros clientes, a un partido de izquierda.

El comisario respondió abriendo otra gaveta desde la que sacó una de las tantas órdenes de detención basada en el vigente Estado de Sitio, firmadas en blanco por la Sra. Presidenta, Isabel Martínez de Perón. En el renglón en el que debía figurar el nombre de la víctima escribí mi nombre y apellido. Ya estaba a disposición del PEN, es decir, la arbitrariedad autoritaria que preanunciaba y preparaba

la etapa de la dictadura. Siempre amablemente, me reenvió a la celda.

Carlos tendría su propio decreto de detención. No así Pister y Horacio, quienes un día, como carentes de antecedentes, fueron conducidos de la cárcel de Devoto al Departamento de Policía, dejados en libertad por orden judicial en un piso del edificio y arrojados por una escalera, al pie de la cual fueron nuevamente detenidos, esta vez a disposición del PEN. Después los perdimos de vista, porque los llevaron por años al penal de Resistencia.

Con Pister nos reencontramos tres años después en un pabellón de la U9.

Félix

## Capítulo I

### Tortoni

*Fueron, los días de "nunca antes": nunca antes había hecho el amor, nunca antes había estado en el Tortoni. Y también del "pocas veces": pocas veces había estado en el centro. Vivía en un barrio tan lejano que parecía lejano de todas los puntos de la ciudad al mismo tiempo.*

*Así que llegué aturdida en días de aturdimiento, mareada por el movimiento, la gente, las luces, el ruido y las sirenas de la policía cuyos coches no llegaba a ver porque —todavía no lo sabía—, eran entonces invisibles excepto para los que "ya lo sabían". Juan era uno de los que sabían. Pero lo supe un tiempo después. El Tortoni me pareció el escenario de un teatro, aunque nunca estuve en un teatro, pero sí vi escenarios: los de la primaria los días de fiesta, cuando sobre una modesta tarima Saavedra y Moreno, unidos como hermanos, echaban heroicamente a los es-pañoles o bien Belgrano izaba la bandera por primera vez entre los vítores de soldados alumnos con sombrero de cartón que soñaban con el alfajor que la cooperativa distribuiría al final de la fiesta.*

*Los actores del Tortoni estaban distribuidos en mesitas redondas de mármol blanco, entre paredes excesivamente rojas y columnas no menos excesivamente adornadas. Todos tenían diarios o libros o papeles y lapiceras. Parecían muy cómodos en sus roles y devoraban con fruición mantas y churros distribuidos por un mozo, no por la Cooperadora escolar.*

*Iba a ser mi segundo encuentro con Juan, mi novio desde hacía tres días, mi primer novio de*

verdad, el primero y único con el cual había hecho el amor, entre el dolor, mucha torpeza (aunque el aseguró ser un experimentado amante), el rubor, el asombro y el placer. Al día siguiente fui noticia entre mis compañeras del

quinto año: "debuté", dije, pidiendo discreción a mis íntimas amigas, para verme rodeada enseguida de decenas de chicas afirmando algunas (como Juan) que en sus numerosas experiencias la habían pasado bárbaro y otras, más sinceras o más modestas, preguntándome cómo era "eso". Todas estaban alegres y excitadas y yo también. Además, me gustó ser noticia. Estaba en el centro del escenario, sin sombrero de cartón ni españoles derrotados ni vótores.

Fue en casa, mi casa, en mi pieza llena todavía de peluches varios, ositos en especial, en ausencia de mis padres, claro, con este Juan que no cesaba de hablar confusamente de los pobres y la injusticia, tranquilizándome al mismo tiempo respecto de lo que iba a pasar mientras me aseguraba que su experiencia amorosa lo resolvería todo. Su supuesta experiencia no resolvió nada, pero' lo pasamos bárbaro y yo no estaba nerviosa: sólo asombrada, sólo curiosa. Y colmada de deseo.

Lo había conocido hacía pocas horas, en un baile organizado en la casa del amigo de una prima de una, compañera de colegio. Ana, mi mejor amiga, quien suponía la existencia, de un misterioso libro en el cual todo "estaba escrito " me afirmó luego eso: que estaba escrito. Estaba escrito que iría a esa fiesta, que allí conocería a Juan. Pero claro, como ese libro no es leído por nadie y sus designios se conocen luego de realizados, yo no podía haberlo previsto. Y Juan tampoco.

Juan era hermoso, una especie de niño grande rodeado de un halo de desamparo, hablando sin cesar para que el halo no se viera. Me enamoré al verlo.

Después de hacer el amor le pregunté donde nos veríamos. "Cuándo ", me preguntó. Le contesté lo que me parecía obvio entre gente que se ama,: mañana. Pero él estaba muy ocupado mañana y también pasado mañana: Estaba ocupado hasta el tercer día, cuando nos encontraríamos en el absurdo escenario de los coches, las sirenas policiales, los hombres con diarios y libros, las mesitas redondas y las paredes rojas, a las cinco de la tarde. Pero Juan no llegó. No llegó a la hora convenida ni diez minutos más tarde cuando el actor que hacía de mozo me insistió respecto de lo que deseaba consumir, cosa que yo no alcanzaba a escuchar, absorta como estaba en la puerta de entrada por la que aparecería mi novio en nuestra primer cita, absorta suponiendo que ocurriría después de encontrarnos, si haríamos el amor de nuevo y dónde. Y cómo. Mecánicamente le pedí una coca, lo cual estaría escrito en el libro mágico de Ana o en el papel que me tocaba representar en la obra.

Después de todo —pensé—, si el libro de A na existe, todo no es más que un escenario. Pensé cosas absurdas para pasar los minutos de ausencia de Juan, que seguían transcurriendo. Habría pasado media hora cuando mi mamá apareció en mis pensamientos: "no vendrá", me dijo. "Si te entregas fácilmente a un hombre, se va después de tenerte " agregó. "Los hombres son así, se aprovechan de las fáciles pero no les gustan. Se van y no vuelven ". Mamá era anticuada, debió ser anticuada incluso cuando era niña.

Pero quizás fuera cierto, quizás fui fácil y los hombres se van. Una punzada de angustia me recorría el cuerpo desde la panza. "Quizás mamá no es anticuada —pensé—, sino sabia. Tal vez siempre haya sido así y mamá lo sabe".

Resistí esa idea cuanto pude, pero Juan no me ayudaba porque no venía, no llegaba. Le imploré mentalmente que lo hiciera. Pero no lo hacía.

Me salvó de esa idea recordar su confuso parloteo sobre los pobres y la injusticia, al que no había prestado mayor atención. Otra angustia reemplazó entonces a la que me provocaba, la ley de mi madre: una angustia más oscura, más inaprensible, que tenía origen en las palabras de Juan y en las sirenas que cada tanto seguían llegando desde la avenida, en una mezcla más confusa que Juan mismo, una, angustia que no partía de la panza sino desde un punto detrás de la nuca y ascendía hasta erizarme los-cabellos, sin permitirme razonar nada, aclarar nada, comprender nada. A las seis me levanté y me fui.

## *Frío*

No creo que ninguno de nosotros cuatro haya pasado tanto frío en nuestras vidas. Un frío que atravesaba la piel y los músculos, un frío que se sentía en los órganos y en los huesos. Después de unos diez días de comisaría fuimos trasladados al Palacio de Tribunales, sede central de la Injusticia Nacional. Separados, siempre bajo incomunicación, en celdas minúsculas, no más de ira metro y medio por dos, con una cama de cemento sin colchón. Varias horas más tarde, ya de noche, nos tomaron, individualmente, indagatoria. Luego, de a uno por vez, nos fueron levantando la incomunicación y nos reunieron en una celda grande. El reencuentro alborozado, el cotejo de declaraciones perfectamente coordinadas, la alegría de sentir que diez días de silencio no habían quebrado ni la voluntad ni la solidaridad del grupo, basadas en un profundo, templado acuerdo.

Pasamos la noche hablando. Durante el día llegaron presos de Devoto a comparecer ante sus jueces. Después, traslado a la cárcel, en nuestro primer viaje en celular.

Llegamos a la noche y fuimos encerrados, sucios y agotados, en una celda amplia y vacía, en la Planta Baja de un pabellón que sería "nuestro" durante varios meses. No teníamos colchones ni mantas pero sí mucho frío.

Las horas pasaban y el frío húmedo se acentuaba intolerablemente. Sólo nos restaba hablar, hablar y hablar, mientras las heladas agujas se convertían en angustia. Combatimos el inesperado enemigo saltando, corriendo, cantando.

En algún momento, espontáneamente, apiñamos los cuerpos y así nos sorprendió la madrugada, dormidos, encimados como animales, como se protegen las ovejas de la lejana Patagonia. Tiritando, habremos dormido algunas pocas horas, o acaso unos pocos minutos, cuando nos abrieron la puerta para sacarnos brutalmente, tambaleantes de sueño, arrastrando dos días de vigilia. Introducidos otra vez en un celular, nos llevaron otra vez a tribunales, para firmar la detención preventiva.

Esa noche, que sería la última de los cuatro juntos, nuevamente en Devoto, nuevamente en una celda de la Planta Baja, logramos negociar la entrega de algunos sucios colchones y mantas agujereadas. Pero a nosotros nos pareció una noche de lujo en un hotel palaciego. Dormimos profundamente, siempre sucios y agotados.

Carlos y Félix

## *La jaula dorada*

A la mañana, Pister y Raúl fueron trasladados a Resistencia. A nosotros nos metieron en una celda del piso superior. Alguna vez residió en ella un preso común que la había pintado y decorado más que decentemente. Nuestras familias nos habían hecho llegar alimentos, un calentador, equipo de mate y las inevitables revistas de historietas. Teníamos una cama "marinera".

Comimos, armamos el mate, encendí un cigarrillo. Carlos es más pobre: no toma mate ni fuma.

La frase que sigue y de la que Félix es autor absoluto y responsable o irresponsable total, quedará en nuestra historia: "Carlos -le dice, tendido en la cama y saboreando un cigarrillo al mismo tiempo que probablemente una historia del Corto Maltes-, en estas condiciones podemos pasarnos años en cana sin sufrir". En ese exacto momento la puerta se abrió con la "suavidad" habitual y las revistas, la comida y el calentador fueron arrojados junto con nosotros al pasillo del pabellón. Unos minutos después estábamos separados aunque vecinos de celda, sin alimento, sin mate, sin cigarrillos ni historietas. El régimen excepcionalmente suave de los presos políticos de Devoto, que duraba desde hacía meses, acababa de cambiar. Lo "disfrutamos" unas horas inolvidables aunque no tan inolvidables como la frase de Félix...

## El ortiva

Ortiva es alcahuete, soplón, el título más aborrecible en una cárcel. Pero ortiva también era un instrumento precioso, uno de los "recursos inagotables" de que disponíamos. Porque así llamábamos a un trocito de espejo con forma de rombo irregular, incrustado, fuego derretidor mediante, en el extremo de una lapicera de plástico. Con esa pequeñez, sacada por la mirilla de dos centímetros de la puerta, podíamos controlar todo el movimiento del pabellón, todo su gigantesco pasillo y las rejas de entrada.

Cada celda tenía su "guardia", es decir, un horario y un día para vigilar. Y avisar si la "yuta" entraba al pabellón, a "nuestro" territorio, para una requisa sorpresiva.

Un día, compartiendo la celda con José, y cometiendo todas las transgresiones posibles, es decir, encender fuego con papeles para calentar no sé qué alimento improvisado y conectar nuestros "calentadores" de hilos de cobre a la electricidad para hacernos unos mates, José, de "guardia", pegó el grito: "¡isa la yuta, isa la yuta!" previniendo a todos los compañeros.

Apagamos el fuego, presurosos. José arrancó los cables con la mano y la puerta de la celda se abrió para dar paso a la brutal patota.

En el aire flotaban copos encendidos...

"¿Quién hizo esto?", preguntaron los canas. Uno de los dos tenía que caer. Mis compañeros habían decidido que no fuera yo en ningún caso. José, José el generoso, José el solidario, dijo: "yo". Y fue a parar una semana a los buzones de castigo.

Félix

## Capítulo II

### En el colegio

---

*Al día siguiente fui al colegio, pero estaba en otra cosa. Iba a buscar a Juan. Pasé la noche pensando en él. Traté de imaginarme lo que él estaba pensando. Forzándome en suponer que no pensaba lo que mamá dice que tienen que pensar los hombres de una mujer fácil, preguntándome si yo lo era, si yo lo había sido, mientras la otra angustia, la angustia negra y sombría nacida en el Tortoni, formada de yo no sabía qué ideas, qué pensamientos, iba ocupando un lugar, modesto al principio, pero creciente. Creciente.*

*Las chicas 'me consolaron, me aseguraron que Juan volvería. También Ana lo dijo y eso me tranquilizó algo: tal vez h leyerá en su famoso libro.*

*No sabía dónde vivía ni su número de teléfono. Estaba tan feliz, tan segura de nuestro amor como si lo conociera de toda la vida. No se me ocurrió preguntarle otra cosa que adonde nos encontraríamos. Y cuándo. Cuándo: ese era el problema.*

*Traté de averiguar algo con la compañera que me invitó a la fiesta, pero ella no conocía a Juan, sólo lo vio bailar conmigo. Al menos me prometió preguntarle a suprima, que lo había invitado. Sin saberlo, yo estaba iniciando un largo camino, un camino sinuoso e infinito, una ruta inimaginable que empezaba entre mis peluches y terminaría mucho más tarde y mucho más lejos, más allá de un horizonte que divide a los niños de los grandes. Pero todavía no me daba cuenta de nada. Estaba la sombra negra y creciente por un lado y el acento extranjero de mamá comunicándome las leyes de las relaciones entre los hombres y las mujeres fáciles por el otro.*

*Pobre mamá. Es buena, siempre ha sido buena. No sé de dónde saca esas ideas, seguramente se las enseñó su mamá y vienen de tan lejos como el horizonte hacia donde yo me dirigía. Pero su vida, que no estuvo exenta de dolor, tampoco estuvo vacía de amor.*

*Mamá, Tita para los vecinos, "Tití" cariñosamente para papá, es una judía europea fugada de*

*los nazis. Conoció a papá -y al amor—, en la remota ciudad boliviana de La Paz, adonde llegaron precisamente en busca de paz. No sabían el español ni el quechua, ni siquiera hablaban una lengua común a ambos. Ella dice que papá —papá lo niega con una sonrisa picara—, la invitó de inmediato a un baile. Que él no tenía la menor idea de baile de ningún tipo, que le lastimó los pies... y que se enamoraron allí mismo. Como Juan y yo. Tal vez ella también fue "fácil", pero hoy-son muy grandes, han cruzado varios horizontes y se sigilen amando, él no la abandonó nunca, pero ella repite mecánicamente lo que su mamá, y la mamá de su mamá, y una generación tras otra de mujeres aprendieron a decir, mientras se enamoraban, cruzaban fronteras y horizontes. Papá se llama como Juan, pero en alemán: Hans. Para el barrio es Donjuán.*

*Son muy buenos conmigo. Vienen de una historia terrible y romántica, no importa que mamá diga lo que dice. Se siguen amando como niños y me cubren de afecto. Mamá me conoce. Esa mañana me preguntó que me pasaba: yo le dije que nada, segura de que no me creería en absoluto.*

*Mí amiga me prometió averiguar todo ese mismo día y llamarme por teléfono de inmediato. Salí del colegio con la mochila y la angustia a cuestas.*

### *El golpe de estado*

El debate sobre las ideas políticas de los militantes de los años 60/70 ha sido y será intenso. Eso, en principio, significa que esas ideas y su tentativa de puesta en práctica, la lucha por imponerlas no pasaron sin dejar huella. Algunos pondrán el acento en los errores, otros en los aciertos, no faltan las reflexiones integrales, críticas, de los propios actores. Y finalmente están quienes se enfocarán en aspectos grotescos o delirantes.

Que los hubo, sin duda. Como no podría ser de otra forma entre quienes se proponían, desde un ángulo u otro, desde uno u otro punto de partida, cambiar revolucionariamente la sociedad. No hay deseo sin sueño, no hay sueño sin fantasía, no hay fantasía sin delirio. La introducción me parece necesaria. El grupo al que pertenecíamos aseguraba que no habría, no podía haber golpe de estado en la Argentina. Al menos así interpretábamos los análisis que nos llegaban a nosotros. El 23 de marzo de 1976, manteníamos intransigentemente ese absurdo análisis. De una realidad que ya no necesitaba análisis puesto que todos sabíamos que habría golpe de estado. Todo el pueblo, todos los políticos lo sabían. El 23 de marzo, mientras los diputados retiraban sus efectos del Congreso, para nosotros no habría golpe.

Así que esa mañana del 24 de marzo sentimos un silencio impresionante, uno de esos silencios ominosos, uno de esos silencios que se escuchan. Era un silencio de muerte, pero todavía no lo sabíamos. Seguíamos, José y yo, en la misma celda. No recuerdo si teníamos compañía.

Después escuchamos motores, lentos, monótonos. Me subí a los hombros del altísimo José para mirar por la elevada ventana y vi un jeep, recorriendo la calle que rodeaba el penal, con un símbolo, un triángulo o un delta griego, símbolo que, después supimos, identificaba a las tropas golpistas.

Así pues, había golpe. Contra nuestros pronósticos y nuestros análisis, para el caso, absolutamente delirantes.

Esa noche el grupo se "reunió" a través de los inodoros. Y yo expliqué que solo muy parcial y limitadamente nuestros análisis habían fallado. Que la dictadura no podía durar y sería más blanda y más débil que la de Onganía.

Es decir, traté -y esto era, lamentablemente, un defecto común-, de adaptar la realidad a nuestros análisis previos, en lugar de lo inverso.

Estábamos al borde de una tragedia histórica, de la liquidación física de una inmensa porción de una generación de militantes revolucionarios, de un genocidio. Teníamos avisos: el accionar parapolicial de las "Tres A" ya había asesinado numeroso militantes obreros, estudiantiles, populares, entre ellos, nuestros compañeros Jorge "el Pato" Fischer y Miguel Ángel Búfano y tantos otros, de casi todas las corrientes del pensamiento político.

Félix

### *Recursos inagotables I*

En Devoto nos quitaron los calentadores pero, misterios de la cárcel o consecuencia de la imbecilidad de los carceleros, quedaba mate, bombilla y yerba, esos elementos sin los que un argentino -y no hablemos de un uruguayo, que los había-, subsiste dificultosamente. El problema era calentar' el agua.

Para ello se utilizaba la electricidad. Primero dos alambres de cobre extraído de los numerosos cables de la vieja instalación eléctrica. Conectados, se introducían los extremos libres en el agua y -aunque con algún gusto metálico-, el agua se calentaba más o menos lentamente.

Para acelerar el proceso se les agregó a manera de "electrodos" dos cucharas. Después se reemplazaron las cucharas por hojas de afeitar en desuso: ya teníamos un calentador armado. Para potenciarlo se unían varias hojitas, separadas entre sí por trocitos de plástico hueco, a su vez extraídos del fondo de barritas desodorantes. El régimen no permitía la entrada de libros o alimentos, pero sí el de ropas civiles y elementos de higiene.

José llegó a sofisticar el artilugio con un-, icircuito impreso! Plegó cuidadosamente papel metálico de los atados de cigarrillo y de alguna manera los pegó a una pared. En una punta se conectaban a la luz. De la otra pendían dos alambrecitos con sus correspondientes hojitas. Teníamos un calentador permanente y las requisas lo confundían con dibujos murales.

### *Recursos inagotables II*

Otra paradoja: en nuestro piso de Devoto había quedado una bolsa de harina. Nuestra "ranchada", grupo magnífico integrado por gente del Peronismo de Base, exilados uruguayos, militantes trots-kistas y algún independiente, heredera de esa inmensa riqueza, organizaba con ella tortafriteadas con mate. ¿Y la grasa? Habíamos aprendido a extraerla de la "tumba", los pequeños y horribles pedacitos de carne que flotaban en el guiso infame del "rancho".

Una vez cocidos a fuego de papel y trozos de madera arrancados de las ventanas, el sebo era enfriado en moldéalos de tapas de recipientes y se conservaba muy bien por mucho tiempo.

No sé si las tortafritas eran exquisitas, pero, fruto del deseo y la necesidad, lo parecían.

Al tiempo el resto de los compañeros del pabellón se quejaron del carácter egoísta de nuestros placeres. Considerado un reclamo justo, la ranchada ofreció en compensación una tortafriteada colectiva. No sé cuantos éramos, tal vez más de medio centenar de presos. Para cocinar semejante despropósito arrancamos los maderos de ventanas enteras y armamos una gran fogata cuyo humo, sin duda, era visible a gran distancia. El peligro era grande pero no pasó nada. Excepto disfrutar de un momento inolvidable.

Nuestro presente era tremendo y nuestro porvenir azaroso. Pero recordamos esos momentos como felices, simplemente felices. Vivíamos.

Félix

## **Capítulo III**

### **La jaula del Silencio**

*Susana no me llamó y yo estrélla angustia convertida en miedo y en llanto contra la almohada, entre los peluches que me empezaban a parecer burlones, mudos testigos de mi noche de pasión.*

*Soñé con Juan, encerrado en una jaula. Desde que falleció el lío Frank, hermano de papá,, sueño con jaulas. El lío estaba enfermo, "gravemente enfermo " como se dice para evitar decir lo que se quiere decir; hablábamos de él sin él, detrás de él, al costado de él, sin su participación. Todos sabíamos que se iba a morir y seguramente él también, sólo que él no participaba de esas conversaciones, estaba al margen de esa parte de la vida que incluía su propia, próxima, inevitable muerte. Entonces sentía que lo teníamos en una jaula. Después aprendí que las jaulas abundan: la gente habla de "los chicos" sin la presencia de los chicos. De los "negros "*

*sin la participación de los negros. Soy judía. Sé que mis amigas comentan al respecto, "María es judía", sin hostilidad, hasta con simpatía, con afecto.. .pero en mi ausencia. Vivimos entre jaulas, eso sentí, eso siento; todos construimos jaulas para "los otros ", los que se están yendo, los que son diferentes. Mamá construyó la jaula de las mujeres que son 'fáciles ";. ..y la de los hombres que las abandonan.*

*Desperté aterrada, justo en el momento en que intentaba arrancar los alambres de la jaula de Juan. Fue el día en que descubrí el Silencio. Ese día aprendí que las jaldas no sólo se construyen con palabras: también con silencios. Sobre todo con silencios.*

*Llegué al colegio desesperada. Las chicas estaban ahí, bulliciosas como siempre, simpáticas y cariñosas como siempre, todas me besaron un poco más cálidamente que siempre pero nadie me*

*preguntó por Juan, nadie me tranquilizó, nadie me consoló. Yo también jugué el juego de las jaulas, acepté, sin saberlo, sin pensarlo, mi propia jaula. Hice como ellas, como si nada, mientras buscaba afanosamente a Susana con la mirada. Cuando la vi no me dirigí hacia ella, como todo mi cuerpo, cada célula, cada gota de. sangre me lo reclamaba. En el esfuerzo sentí los músculos de mi cuerpo, tensados hasta el dolor.*

*Me fui aproximando en medio de la risa, los comentarios banales (que nunca me habían parecido banales), como si nada, como por casualidad, hasta quedar al lado de ella en medio del ordenado desorden de la fila, en un lugar que no era mi lugar porque soy más bajita o más alta, sin decir nada, calladita, con mi propio silencio que gritaba sin ser escuchado.*

*Pasaron dos horas. Yo no estaba ahí. La profesora de historia dijo algo sobre una Asamblea Constituyente, algo se decidió en algún lugar en algún año, los argentinos podríamos en adelante hacer ciertas cosas y nos estaban prohibidas otras, como enjaular quizás, alcancé a decirme, pero no escuché nada más. La de matemáticas habló de derivadas, eso me pareció. En el tercer recreo encaré a Susana. De frente, mirándola fijamente, rompiendo el juego. Pareció un poco enojada, molesta, como si nada, importante hubiera pasado, como si mi pregunta estuviera fuera de lugar: el patio de una escuela, el momento del recreo en que se habla de chicos que están, de bailes que se harán, de parejas que se separan, de noviazgos que se inician. Ate dijo el primer "no sé nada " de una larga serie de nosenadas que iba a escuchar en adelante. Sacudió la cabeza, se dio vuelta como si acabara de acordarse de algo importante que tenía que comunicar a alguien que no era yo, cualquier cosa a cualquiera menos a mí Y se fue. El día de clase me resultó una tortura. Tortura: tampoco el significado de esta palabra era claro para mí.*

*Fue un día importante en mi vida. Aprendí a ser encerrada en el silencio.*

### *Shargo*

Pronunciamos, por una sola vez en este texto, su apellido completo: Shargorodsky. Porque para muchos militantes revolucionarios, para los presos y perseguidos, fue desde siempre y será para siempre el Gordo Shargorodsky o simplemente Shargo.

Desde siempre, porque el abogado Shargorodsky, defensor de trabajadores, obeso, enfermo y enfermizo, de mansos ojos celestes, estaba con todos los oprimidos desde tiempos difíciles de precisar, desde tiempos inmemoriales. Desde siempre, porque sobrevivió a tantas represiones, a tantas dictaduras, a tantas enfermedades, que lo soñábamos inmortal.

Desplazaba su pesada humanidad lenta y penosamente, creo que afectado de gota, abrumado por su obesidad, sobreviviente de car-diopatías varias y hasta de un cáncer que le llevó un riñón. Era como para ilusionarse con su deseable inmortalidad.

Paternal. Empezaba retándonos, a Félix en particular, considerándolo un "tiro al aire". Luego hablaba de la situación política, inevitablemente del costo de la vida y de la Yiya. "¿No sabes quién es la Yiya"?!, exclamaba con un asombro que nunca sabremos si era simulado. La Yiya era su esposa. Cómo alguien (milico, juez, abogado, guardia cárcel) no sabría quién era la Yiya! Entonces empezaba una larga descripción, tediosa para quienes ya la habíamos escuchado decenas de

veces, respecto de la Yiya, su mal carácter y su increíble habilidad para tejer a máquina, porque "no sé si saben, la Yiya teje y hay que ver cómo teje, nunca vio un tejido de la Yiya, fíjese mi pullover, bueno, claro, lo tejió la Yiya". Entre los represores, el discurso causaba desconcierto. El ámbito y los actores no encajaban con este hombre, con su relato, las escenas eran surrealistas, y las mentes de milicos y leguleyos, que difícilmente penetran la realidad, naufragan en la sub-realidad.

Intencional o sincero. Creemos que ambas cosas. Adoraba a su Yiya y se aprovechaba del desconcierto, infringiendo traviesamente reglas, jugando como un niño... y sacando ventajas. Shargo sabía enormemente de leyes...y no creía en ellas en absoluto. Nos abrumaba con comentarios banales y relatos sobre la actividad textil de la Yiya, pero no recuerdo un solo término jurídico en sus charlas. Sin embargo ganó juicios que sentaron jurisprudencia, como uno sobre el que editorializaron los diarios, en plena dictadura, sosteniendo que falsear un DNI no era delito.

Y los ganaba en dictadura o democracia. De hecho, logró hacernos absolver a nosotros, en un juicio histórico e imposible, porque si bien nuestro caso era muy sólido jurídicamente, la juridicidad no era precisamente el fuerte de la dictadura y los antecedentes de Félix

arruinaban toda solidez. Sin embargo, él logró que ellos no pesaran, sosteniendo que arrastraba condenas por leyes derogadas (en especial, la famosa ley anticomunista de la dictadura de Onganía) y por lo tanto no podían ser elementos de juicio. Lo logró. No sin antes aburrir y desconcertar a todo el juzgado con sus discursos y anécdotas. Y regar desde empleados y oficiales de justicia hasta fiscales, secretarios y jueces con pullovers tejidos por la inefable e infaltable Yiya.

En nuestro caso logró que el propio fiscal pidiera nuestra absolucón, resultado inesperable en la época.

Shargo murió en democracia. Su corazón se detuvo en la calle. Desde la memoria, el gordo nos sigue retando...

Carlos y Félix

### *Peñas y debates de inodoro*

Para comunicarse, el pabellón celular de Devoto era un colador. Con la celda vecina, temamos el caño de descarga de la pileta. Con celdas del mismo piso teníamos una cañería de cables eléctricos abandonados. Arrancarlos nos daba materiales para improvisar "calentadores".

Pero lo mejor eran... los inodoros. Ocho celdas, a razón de dos por piso, podíamos comunicarnos simultáneamente porque teníamos el mismo caño de desagüe. A razón de por lo menos dos presos por celda, pero a veces tres y hasta cuatro, nos contactábamos alrededor de 20 por caño. Para comunicarnos no le hacíamos asco a nada...

Cada celda tenía, al efecto, destinado un vasito. Con él desagotábamos el agua del sifón, barrera para los malos olores pero también para el objeto tan deseado. Una vez vacío, la comunicación quedaba abierta. Avisábamos a la celda desuno del mensaje con un golpe en la pared si era del mismo piso o en el techo si era de arriba o en el suelo si era de abajo. Si el destinatario estaba aún más arriba o más abajo, se armaba una cadena para avisar. Se les pedía que "abrieran", lo que equivalía a que atendieran el "teléfono".

Podía ser para pasar una información. Una novedad, Un chisme en el pequeño pueblo carcelario.

Pero había actividades más apasionantes. Por ejemplo había horarios reservados por los grupos políticos para debatir entre ellos. En tal caso todos los demás participantes de la "línea" se abstenían de abrir el canal, es decir vaciar el sifón, para preservar y respetar discretamente la comunicación de ese grupo. O bien se acordaba entre todos los miembros de la línea un horario común para debatir un tema político o para que el miembro de un grupo diera una charla, una conferencia. Para "estudiar".

Ciertas noches acordábamos armar una "peña de inodoros". Abríamos todos a la vez y se cantaba,

tango, folklore

De repente, en medio de una comunicación algún preso de la línea avisaba que debía satisfacer imperiosas necesidades fisiológicas. Entonces quienes estábamos en línea llenábamos apresuradamente los sifones, a fin de preservar nuestra salud olfativa.

Todo era válido para juntarnos, para vivir, para resistir alegremente...

Carlos y Félix

#### Capítulo IV

##### Mujer fácil

*A mediodía me dirigí a la casa en que había conocido a Juan. Alguien miró desconfiadamente por el visillo, claro, hay tantos robos. Preguntó desde adentro quién era y dije soy una amiga de Susana. La, señora se volvió más amable, me abrió, me preguntó quién era y yo le dije: soy la novia de Juan. Ah, Juan. Juan, sí. Es decir, no sé, había tantos chicos... ¿Juan? No lo recuerdo, no me acuerdo de ningún Juan. ¿Sos la novia? Sos muy chica para estar de novia, ¿dónde lo conociste? Aquí, -dije. "En la fiesta".*

*Pero eso fue hace menos de una semana! Cómo podrías ser la novia ? Yo fui novia de mi marido después de que me cortejara durante un año...No es así nomás ser novia de alguien, no es tan fácil.*

*Otra vez la mujer fácil. El rostro de la mujer se había vuelto tenso, incómodo. Mujer fácil me sonaba conocido.*

*Pero nos queremos y somos novios, afirmé, no sin un cierto orgullo. —Mira, te aconsejo que hables con tu mamá, de Juan no sé nada, ni quién es.*

*Y cerró la puerta. Las puertas tienen la cualidad de poder ser cerradas como son abiertas. Y los argentinos parecemos tener, esos derechos, seguramente desde la Constitución de algún año.*

*Las puertas se empezaban a cerrar y el silencio a crecer. No tenía ganas de volver a casa. No tenía ganas de volver a ningún lado. Juan no volvía a mí. Volver carecía de sentido. Una llovizna finita y fría me mojaba despreocupadamente. Pue de que Buenos Aires no sea alegre, nunca me fijé. Me pareció que estaba triste, con su lluvia finita y sus sombras de otoño, que todo lo arruinan a las 6 de la tarde, la misma hora en que dejé de esperar a Juan en el escenario del Tortoni.*

*Caminé por las calles de un barrio enorme, eso me pareció. De vez en cuando, sirenas. Las sirenas se montaban en mi angustia. Caminé hasta que el frío y el agua me lo permitieron. Hasta que me dolieron los huesos.*

*Justo en el momento en que toqué el timbre de casa recordé otra frase de mamá. No la de la mujer fácil, no. Otra, de mamá y de papá, de hacía mucho tiempo, de un tiempo de infancia, que en ese instante sonó como un eco, como un eco rebotando en las paredes de mi cabeza: "no hay que meterse en política".*

*Mamá no me dijo nada, pero la cena fue triste como el barrio enorme y lluvioso. Mis padres estaban silenciosos y yo empezaba a acostumbrarme al silencio. Yo buscaba a Juan, sonaban sirenas, todo el mundo se callaba, llovía y mis ositos me esperaban -burlones-, en los estantes.*

##### Atravesando barrotes

Nico era chiquito y flaquito. Los barrotes de las rejas, escasamente distantes unos de otros y que nos separaban de nuestros familiares en el locutorio de visita de la Cárcel de Devoto eran helados, aunque el calor de las manos de nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras compañeras terminaran entibiándolos Allí nos agolpábamos, casi unos sobre otros, cuando llegaban nuestros seres queridos, después de largas esperas y humillantes requisas. Allí

robábamos el beso furtivo de nuestras compañeras, la tierna caricia de nuestras madres.

Nicolás, de apenas tres años, venía frecuentemente. Me miraba sin comprender por qué yo estaba del otro lado de los barrotes, por qué no podía estar con él. Se imaginaba cosas horribles sobre nuestra vida carcelaria.

Pero un día se me ocurrió probar... Y su cabecita pasó entre los barrotes. Me di cuenta de que todo su cuerpo podría hacer lo mismo. Y negocié con el guardia de turno.

Los guardias eran brutales, bestiales. Pero había aquellos que en medio de la violencia infernal de una paliza deslizaban una mirada cómplice, aflojaban imperceptiblemente las trompadas (imperceptiblemente para los otros guardias y sus jefes, pero no para nosotros, atentos al menor gesto), los que se conmovían -siempre ocultamente-, de nuestra situación y la de nuestras familias. Recuerdo uno en la U9 de la Plata que una vez nos dijo: "yo también tengo mujer e hijos", lo cual habida cuenta del medio era toda una declaración.

### *Manos*

La cárcel es un aparato de silenciamiento pero el ser humano es ante todo comunicación. Es difícil sino imposible vencer esa pulsión.

Las manos son un medio. Rápidamente conocíamos la representación alfabética y sin emitir sonido dialogábamos con ellas a distancias increíbles.

En Devoto había un pabellón de presas políticas. Distaba tal vez 150 metros del nuestro. A través de las rejas hablábamos. Durante sus recreos, hasta teníamos el increíble privilegio de verlas. Debían ser hermosas, en todo caso, nos lo parecían, sin duda. Era difícil no enamorarse un poco.

Dialogábamos, con humor, con ternura. Por supuesto: discutíamos política. Había matrimonios separados por muros y rejas. Había compañeras de partido. Las novedades iban y venían.

Con la Tana, que el tiempo demostró que era tan bella como yo me la imaginaba (la imaginación era más precisa -y más potente- que la visión), hablábamos de literatura y hasta de mitología, una manía. Una manía con propósitos seductores, creo.

Los guardias del muro nos veían y se enfurecían. Una vez uno me amenazó. No le di importancia hasta que disparó, es de suponer, al aire. Brusca desaparición de manos que dibujaban frenéticamente sueños en el aire.

El Chiche Veiga, personaje tan petiso como increíblemente distraído, tenía a su esposa en el pabellón de la compañeras. Una vez entre tantas, se "entrevistó" con ella, esto es, se encontraron sus manos en el aire. Dialogaron animadamente durante un largo rato. Hasta que "ella" le preguntó: pero vos ¿quién sos? No era la esposa, sino otra compañera...

Félix

### *Correo de ilusiones*

Algún día de algún mes del '75, Diana Quatrocchi, compañera de prisión en Devoto, compañera de militancia en cualquier lado, cumplió años.

Ella estaba en el Pabellón Femenino claro. Y yo, en el Masculino, claro. Y, claro, hablábamos con las manos. También nos carteábamos, lo que, claro, estaba prohibido.-Yo enviaba una carta «a la calle» y «la calle» se la enviaba a ella. Milagrosamente, esto no es tan claro, llegaban algunas. El día de su cumpleaños le envié una carta, claro, de cumpleaños. Estamos en el 2004. Estamos trabajando en este libro. Lo damos por terminado.

Pero Diana había guardado esta carta en su memoria. La original en papel se perdió. Ella la memorizó temerosa de que alguna requisa se la quitara. Y en París, donde ella vive, se reúne con Carlos en ocasión de su cumpleaños, y -de memoria-, la recita.

Por eso nosotros estamos aquí: porque la memoria existe y para que la memoria exista. Más de un cuarto de siglo después y para siempre.

Una empapada distancia nos separa. La lluvia recorre patios grises, trepa indolente los muros, se desliza entre tensos alambres de púa. En este mismo momento, en cualquier lugar de la ciudad -este no es cualquier lugar- la gente camina y no camina, se odia o quiere, toma mate, vive y muere. Siguiendo la receta clásica del caso alguna pareja hace el amor por costumbre y alguna otra por falta de costumbre. Y hay quien faltó al trabajo nomás, porque la lluvia le quito las ganas. Y hay quien gana trabajando y quien trabaja sin ganas y quien sin trabajar gana. Y todo mientras la ciudad se moja y se remoja.

Pero vos, vos y yo, vos y yo y nosotros todos, no trabajamos ni caminamos casi, no ganamos ni nos desganamos, no hacemos el amor sino que tenemos ganas. Y en cambio, y a pesar de la prohibición respectiva del respectivo reglamento, podemos mirar la ciudad donde la gente se hace y se deshace lluviosamente hoy. Mirar a través de los barrotes, claro, que es nuestra manera de mirar pero no de ver. Sino que tenemos ganas -decía- ganas que tiran la piel hasta ponerla tensa. Ganas que pomposos sicólogos llaman Déficit Afectivo, como si el afecto fuera un presupuesto con probable superávit cuando se tienen veintitantos años. Ganas que además -además- son de gritar y correr, de correr hasta pasar el perímetro de seguridad y reventarse contra el muro externo. Aquí todas las cosas tienen nombre y apellido, como la gente, pero peor que la gente. Sr. Muro Externo, Sr. Perímetro de Seguridad.

Entonces, entonces no es todos los días, debiera ser todos los minutos, ¡hay tantas cosas que deberían ser! Llega una. carta del pibe del pabellón de enfrente, del digamos las cosas con el nombre y apellidos que las cosas tienen aquí, riel Pabellón Masculino, llega la carta habiendo atravesado barricada? de censores, montañas de agentes de inteligencia, máquinas de fotocopiar, otras de detección de cosas raras, el efecto es una cosa rara para estas máquinas pero a veces logra pasar por cuestiones de superávit que no es el caso.

Llega la carta plena de insinuaciones, de cálidas sugerencias, a las que vos y yo y nosotros todos le vamos a agregar. Y plena de sesudos análisis sobre los límites posibles e imposibles de los afectos por correspondencia.

Llega la carta de manos del Sr. Gaitero del Penal, del Sr. Repartid<sup>TM</sup> de Ilusiones, desilusionado ya de la vida, del amor y del trabajo. De todo lo que no sea caminar y dormirse y despenarse entre rejas y enrejarse.

Y con tus afectos y defectos deficitarios.

Y con estas ganas que tiran la piel, la joven piel.

Y con tus proclamas encendidas que nos demuestran que río por nada estamos aquí y que por mucho y en muchos estamos lucra de aquí.

Y con la lluvia que a veces acorta, nuestra distancia muro-patio alambrado.

Ya pesar rie la desilusión incurable del Sr. Repartidor.

Vivo y sobrevivo y sobrevivimos los veintitantos años, los veintitantos dientes apretados. Amenazantes dientes y años. Peligro moría) de quedarse sin trabajo además de sin ilusiones, para el Sr, Repartidor y algunos más.

Un buen día de estos, en que con o sin lluvia, les tiremos abajo la fuente de laburo y hagamos el amor de nuestros veintitantos años de vida -y algunos más- de presos jóvenes y revolucionarios.

(De presos jóvenes y derrotados] (De presos jóvenes y esperanzados)

Félix

<sup>1</sup> Las frases entre paréntesis fueron agregadas por la receptora de la cana y sus compañeras.

## Capítulo V

### Un tal Videla

*Por entonces comencé a sentirme grande. Después de todo tenía novio, aunque no pudiera encontrarlo, aunque no lograra saber nada de él desde el primer día, mejor dicho, desde la primera noche. Síntomas: injustamente, comencé a irritarme con los pelu-ches que asolaban todos los rincones de mi pieza, mi pieza que fue mi mundo, 'el" mundo, hasta que la angustia, las puertas cerradas, las palabras no dichas, comenzaron a ampliar mis fronteras. Los ositos parecían sonreír irónicamente, parecían burlones. Al crecer algo muere. Es injusto, pero parece que es así. Ellos —los ositos-, sólo fueron mudos testigos de mi primera noche de amor; no eran culpables de los largos días de ausencia que siguieron.*

*Mucho tiempo antes, cuando era chica, leí un libro que se llamaba País de las Sombras Largas. Poco recuerdo de él. Sólo que era triste. Y que alguien moría antes de crecer. Al menos, algo moría en mí porque crecía. Pero las sombras se alargaban...*

*Pasó un mes de inútiles intentos. No pasé de la casa de la fiesta. No pude conocer su casa ni sus padres. ¿Tendría casa, tendría padres? Los silencios hablan y mi amor develaba el significado: Juan estaba metido en política y yo había sido fácil. Habíamos hecho todo lo que mis papas decían que no había que hacer. Estábamos castigados pero no lograba saber en qué consistía su castigo. El mío era evidente. El suyo no. Los tiempos no eran fáciles para una mujer fácil Pero entendí que eran terribles para el que "se metía en política ". No sabía qué era eso, la "política". Siempre me pareció un juego de adultos, como la lotería de los domingos en las familias reunidas. Se llenaban casilleros y alguien ganaba. Pero a mis viejos los echaron por política y no parecían haberse metido en ella. Fueron a parar a un país extraño y remoto donde se encontraron y se amaron. Juan y yo también, sólo que ya nos amábamos y ahora, estábamos en, países diferentes. Yo había sido expulsada del mío.*

*En Argentina había una dictadura militar. Empecé a leer los diarios que cada madrugada invadían mi casa aprovechando el hueco debajo de la puerta y que siempre había mirado con indiferencia. No entendía gran cosa: Juan no figuraba ahí, pero las sombras que se alargaban, nos separaban y castigaban sí. Un po-co había que adivinarlas.*

*El presidente era un tal Videla, General. Decía cosas difíciles y duras desde un rostro sombrío que metía miedo. Yo leía, a pesar de todo, a pesar de la incomprensión y el miedo, porque ahí estaba mi novio. Mi primer amor, al que le prometía, cada mañana, que sería el único para siempre.*

*La certeza vino con Mariano. No metía miedo como el general, pero era, muy, muy serio, casi severo. No era sombrío, pero las sombras lo alcanzaban y respiraba miedo. No hablaba tanto como mi Juan, pero estaba metido en política.*

*Se me acercó en un recreo. Yo había aprendido a hacer como que escuchaba las palabras de mis compañeras que, en realidad, no me interesaban. Me interesaba lo que no me decían, pero no me lo decían. El pareció esperar el momento en que me quedé sola, aunque en verdad siempre estaba sola.*

*Fue un segundo. O unos pocos segundos. No me preguntó nada-Me llamo Mariano, dijo. Supe a qué venía. -Vos buscas a alguien. Sé que buscas a alguien.*

*No podía responderle. Algo me había quitado la voz. Algo me había metido de lleno en el silencio tan temido. Pero él no parecía esperar respuesta, no quería una respuesta, yo quería la respuesta. Supongo que lo miré anhelante y que eso era suficiente para él.*

*-No conviene que nos vean juntos acá. Seguime a la salida.*

*Y se fue.*

*Yo lo hubiera seguido de todas maneras*

### *Traslado ala 9 (I)*

Nos despertaron bruscamente. Semidormido, me obligaron a hacer el mono en dos segundos. Éramos cuatro en la celda recogiendo los pocos objetos personales que cada uno tenía. Nos sacaron a los empujones, esposándonos de a dos, encapuchándonos. Luego nos hicieron bajar a una gran sala, pegándonos todo el tiempo.

No había tiempo para pensar. Mi cabeza funcionaba a mil por hora y mis neuronas le gambeteaban a los golpes y a los pensamientos funestos.

Estábamos en junio, a ocho meses de nuestro ingreso a Devoto. Hacía frío.

En la gran sala un oficial amenazó: "¡A ustedes los vamos a fusilar! ¡Van a pagar por la muerte de nuestros colegas asesinados por terroristas como ustedes!"

Luego nos llevaron a los camiones pasando por una doble fila de guardias que nos apaleaban al pasar.

Yo estaba esposado con un preso común que se escudaba detrás de raí. Intenté esquivar algunos garrotazos mirando a través de la tela de la capucha pero igual ligué unos cuantos. Siempre encapuchados nos hicieron subir al furgón celular. Recibí un culatazo en la sien que todavía me duele. Vi realmente las estrellas como en los dibujos animados.

Una vez cerrada la puerta del furgón, silencio. Nadie se animaba a hablar. Arrancamos e hicimos varios kilómetros. Los comentarios comenzaron tímidamente después que uno de nosotros se levantó la capucha comprobando que no había guardias.

Empezaron las especulaciones: dónde nos trasladaban, si a Coronda, a Rawson, etc.

En ese momento, uno de nuestros compañeros, que estaba esposado con otro, dice:

-Muchachos, me siento mal, ando con diarrea!

Todo el mundo empezó a pedirle por favor que aguantara, que no se le ocurriera cagarse encima, que al llegar nos iban a reventar, etc.

En ese momento, alguien grita:

¡Estamos salvados! Vamos a la U9, vamos a la U9!

Se trataba de un preso común que había reconocido la carretera que llevaba a la cárcel de La Plata, a 60 km de Buenos Aires. El ya había estado varias veces allí y nos empezó a contar lo bien que se estaba en esa cárcel, llamada modelo en aquella época.

Nuestro compañero pudo aguantar y nos salvamos de un fusilamiento por diarrea.

En cambio, al llegar, bajamos del furgón, nos sacaron las esposas y las capuchas. Vemos a tipos de guardapolvo blanco que nos esperaban. Al principio pensé que eran "enfermeros" que nos esperaban para ver si los golpes recibidos en Devoto eran graves pero me llevé una gran desilusión: en la U9 algunos celadores vestían de blanco. Nos desnudaron. Ahí recibí una trompada en las costillas acompañada del siguiente comentario: -¡Comunista y encima judío!

Nos hicieron correr por pasillos interminables donde había celdas individuales con las puertas abiertas. En medio de los golpes nos empujaban y nos hacían entrar en ellas como animales.

Carlos

### *Traslado ala 9 (II)*

Una mañana de Devoto, nos sacan de la celda. Como siempre, la incertidumbre. La lista, nombres. Yo estaba incluido. Preparar el mono. José y un médico de Bahía Blanca que compartían la celda, se quedaban. José, siempre generoso, me ayudó a juntar las míseras pertenencias; a último momento, incluye una barra de chocolate. Nos abrazamos. Abren la puerta y me sacan. Filas, gritos, golpes, patadas. Los guardias enarbolaban garrotes y no se privaban de usarlos ferozmente. La cosa venía mal. Nos llevan a un gran salón, una suerte de auditorio con escenario. Por doquier, presos golpeados, algunos sangrando, gemidos. La cosa

venía mal.

Es imborrable: sobre el escenario, una mesita y un cana sentado, tomando huellas digitales. En el piso un sucio trapo. Toco el "pianito", me empujan, me patean y se me ocurre agacharme a limpiarme la tinta de las manos con el trapo. Patada en el culo y me esposan, cruzado en "fideo fino" con otro preso, creo que Daniel Egea, estupendo compañero de esos días. Nos colocan una capucha negra. Espera interminable, más golpes, más garrotazos. No vemos, no sé qué es de mis compañeros, excepto José, que como dije quedó en la celda.

Otra vez en fila, a marchar, sin ver, entre una doble fila de guardias que nos golpeaban brutalmente.

Soy frío en esas situaciones. Me di cuenta de que podía ver por el entramado de la capucha. Mantuve los ojos abiertos, contra el natural instinto de cerrarlos ante los impactos. Así evité muchos golpes. Nos meten en el celular, en una celdita que no tiene más de 45 cm de lado, de a dos, encapuchados y esposados entre nosotros. chos compañeros se quejan, muchos están heridos. ¿Adonde nos llevan?

Los celulares se ponen en marcha, escoltados por coches, tanquetas, helicópteros a vuelo rasante. Penosamente levantamos las capuchas. Penosamente miramos por las rendijas invertidas. Pasamos por el puerto y pensamos que nos internarán en un buque. Comunicamos las novedades a gritos, elaborando todas las hipótesis posibles. Vamos hacia el sur, tomamos el camino a La Plata. De pronto llegamos a la Unidad 9, llamada también Cárcel Modelo de La Plata. Allí estuve preso un año en el 69, el año del Cordobazo. Aunque parezca absurdo, me alegra verla. Primero, porque aparentemente no es la muerte el final del viaje. Y luego porque ver un lugar conocido me da la ridícula sensación de llegar a casa. Nos bajan, nos sacan la capucha, nos desnudan, nos golpean de nuevo. Ese viaje aterrador fue famoso.

Un guardia me golpea reconociéndome después de siete años. Me saluda "que haces Kaufman" mientras no deja de golpearme. Luego, la celda, solo, en el pabellón 14 de reciente construcción. Cierran la puerta y respiro con alivio. La celda es una protección, es el pequeño recinto privado en el infierno. Estoy todo magullado, lo que es una suerte. Me acuerdo de la herida en la pelada del cura Elias Musse, que sangraba profundamente.

Me duele horrorosamente la cabeza. Desarmando el "mono" encuentro el chocolate que incluyó José. Parece una pavada: en todo caso en un momento así, en un período así, es un descubrimiento alentador, un mensaje fraternal.

Entra un médico a certificar nuestro buen estado. "¿Qué le pasó, se lastimó?", me pregunta. "No" contesto irónicamente. El burócrata médico/represor anota. Estoy seguro de que en un archivo de la cárcel está guardado el papelito. Y mi "no"...

## Capítulo VI

### El bar de la garúa

*Un bar, otro bar. Sin columnas rojas y doradas, con un espejo grande y manchado como las manchas que me acompañaban en las paredes de mi pieza y que fácilmente, sin resistencia, representaban dibujos diferentes cada día. Son manchas "de humedad" decía mi papá, amenazando con sustancias y pinturas que un día las harían desaparecer. Afuera empezó a llover finito, finito. Lo llamé "el bar de la garúa ". Había otros actores, con diarios algunos, pero sin litros ni lapiceras. Igual parecían seguros de estar donde estaban y de lo que tenían que hacer en este escenario. Ahí no esperaba a Juan, ahí entró Mariano, que seguramente sería amigo de Juan. Primero habló él, me explicó que estaba en un organismo de derechos humanos, que ayudaba a presos y desaparecidos y sus familiares, habló del gobierno y la represión... Esperé pacientemente. Mamá, mi mamá que también participaba del ominoso silencio que me encerraba, de la jaula de silencio, me enseñó alguna vez que hay que saber escuchar, que es educado y esas cosas pero Mariano, muy tranquilo y serio, no paraba de hablar, no como Juan pero casi, nada decía de mi novio así que no tuve más remedio que interrumpirlo.*

*¿ Vos sabes donde está mi novio? –le pregunté.*

*¿Cómo se llama tu novio? -me contestó, si es que una pregunta puede ser contestada por otra.*

*Juan, dije, casi con aire de triunfo.*

*¿Juan qué?*

*Seguía con las preguntas mientras que yo buscaba respuestas. Debí advertir mi desconcierto. "No sé su apellido", contesté. Sólo yo daba respuestas. ¿Dónde vive? No lo sé.*

*Pero... ¿qué sabes de él?*

*Se... se llama Juan*

*No sabes nada más de él?*

*Esta vez el silencio fue mío.*

*Pero ¿Cuánto hace que son novios? ¡Cuarenta días! contesté, ahora sí, triunfal creo. ¿Y que no lo ves, que perdiste contacto con él? Treinta y siete.*

*Entonces rió, rió alegremente, sin ofenderme. Debía tener mi misma edad, pero parecía más grande que yo. Me gustó su risa, él hablaba, se reía, en los últimos tiempos, sólo escuchaba silencios y veía caras serias, a veces hoscas.*

*¡Pero si casi no sos su novia! -dijo con cara de asombro.*

*Sí lo soy, lo quiero mucho y él me quiere, me lo dijo y... ¿qué más hace falta para ser novios? ¿Vos podés encontrarlo?*

*No lo sé. Por empezar, nada sabemos de él, su apellido, su dirección, si militaba en algún partido y en cuál.*

*Me gustó el "nada sabemos", aunque yo sabía todo lo que necesitaba saber. Me gustó que se incluyera. A la vez me decepcionó. Yo esperaba que me condujera a Juan. Debí haber notado mi decepción y quizás no mi agrado.*

*"Bueno, vamos a buscar, vamos a ver. "*

*Y me invité a una reunión "de derechos humanos". No entendí nada, no entendí para qué serviría la reunión en mi búsqueda pero, por primera vez en mucho tiempo, en un tiempo tan extenso como toda mi vida, me sentí acompañada y escuchada y algo me decía que había encontrado el principio del camino que me conduciría nuevamente hacia Juan, mi Juan.*

*Sentí que sería un camino más largo y difícil de lo que me había imaginado. Sentí que había partido desde mí misma, desde mis peluches y mis manchas de humedad, desde mi colegio y mis compañeras, desde el tranquilo refugio de mis papas hacia otro lado, como un barco que suelta sus amarras hacia un puerto desconocido e inquietante. Pero no importaba: en ese puerto me esperaba Juan*

*Deghi*

Todo prisionero, "político" o "común", dormido o despierto, sueña y piensa afiebradamente en la libertad, se trate de una liberación legal, formal o de un delirio de fuga. Si ello no ocurre, lo que ocurre es la depresión.

Deghi era un tipo macanudo. Dije "era": Deghi ya no es.

En Zarate había un frigorífico muy importante, perteneciente a la multinacional Swift, que alguna vez cerró y fue convertido en cooperativa: Cooperativa Martín Fierro. Deghi, militante radical, fue el abogado de la Martín Fierro y -en calidad de tal-, encarcelado como peligroso subversivo. Lo recuerdo como un hombre alto, canoso, siempre de buen talante.

Creo que ocurrió en el año 78, cuando las libertades empezaban a menudear. Le llegó el turno a

Deghi. Alegría compartida en el patio, porque era muy querido y porque cada libertad era una promesa.

Llegó el gran momento. Deghi se fue. "Deghi haga el mono", resonó el grito de los guardias, grito a veces fatídico, que anunciaba un traslado, un destino incierto, que bien podría ser un cambio de celda, de pabellón, de cárcel... o un anuncio de muerte y -últimamente- acaso un anuncio de libertad.

Días después, Carlos, que maniáticamente leía las necrológicas, encontró el anuncio del fallecimiento del Dr. Deghi. Fue asesinado al salir. Sus familiares, que lo esperaban a una cierta distancia porque no les permitieron acercarse a la puerta del penal, nunca lo vieron con vida.

Pasados unos días, su cadáver fue encontrado en algún lado, acribillado.

Fue uno de los momentos más angustiosos, desesperantes, de esos años. A Deghi le quitaron la vida, a los prisioneros el sueño de la libertad. Durante un tiempo perdimos esa aspiración.

Carlos y Félix

### *Requisa*

Los espacios de presos y policías están cuidadosamente delimitados en una cárcel. La policía no "invade" el espacio de los presos sino en momentos y condiciones determinadas. Siempre en patotas y armados.

La requisita es uno de esos momentos. La patota enarbolando garrotes entra gritando al pabellón, para darse valor e infundir terror. Los presos son arrancados de las celdas, obligados a desnudarse. El aire se densifica por la tensión y la adrenalina. Da la sensación, cierta por otro lado, de que en cualquier momento la situación puede descontrolarse. A veces ocurre parcialmente: la mirada mal interpretada de un preso da lugar a una paliza o a que se lo lleven a los buzones o -lo más probable- a ambas cosas simultáneamente.

Entran a la celda, vuelcan todo, pinchan los jabones en búsqueda de cosas escondidas (pero ¿cómo será el procedimiento para esconder algo en un jabón?), desgarran los colchones, destrozan libros y papeles, vuelcan los vasos, derraman los paquetes de yerba.

Cuando todo pasa, la sensación es desoladora. Sensación de violación del endeble espacio privado, de la frágil intimidad del prisionero. Lento reordenamiento de las cosas, los objetos, los pocos objetos queribles que han sobrevivido,

En Devoto, después de las requisitas, encerrados en las celdas, alguien se ocupaba de pasar lista, nombrando uno a uno a los compañeros, para verificar si estábamos todos, constatar caídas.

Carlos y Félix

## Capítulo VII

---

### Tita

*A la nena —Hans insiste en que ya no es nena pero para mí sigue siéndolo—, le pasa algo. Acaso un amor frustrado, uno de esos pequeños juegos adolescentes, que empiezan y terminan enseguida, que terminan casi antes de empezar, sin importancia para uno que ya es grande pero los chicos hacen un mundo del amor. Hans y yo hicimos un mundo de amor y éramos adolescentes, pero era diferente, estábamos solos, veníamos del infierno, aunque todavía no sainamos —lo supimos mucho después— de qué clase de infierno se trataba.*

*No sé por qué en estos días de inquietud —después de lodo es nues tra única hija—, me viene a la memoria una anécdota de niñez. Cosas de vieja, uno vuelve a la infancia.*

*Cuando mi familia, en la época feliz de la paz, de la dulce con-vivencia con vecinos y parientes, realizaba la cena de Pesaj, como quiere la tradición, dejábamos una silla vacía para el profeta Elias, que según cuta la historia visita cada una de las mesas de esa fiesta. Frente a la silla,*

*una copa de vino. Yo era la elegida de abrir la puerta para que el Profeta se sentara en torno a nuestra mesa. Y de cerrar la puerta cuando la cena terminaba y el Profeta había salido. Entonces, de tanto en tanto entrecerraba los ojos, me tornaba bruscamente, como para sorprender cualquier movimiento sospechoso, y descubría con asombro la copa de vino medio vacía del Profeta. ¡Había estado realmente ahí!*

*Aún hoy quiero creer que así ocurría. Aunque, poco a poco, en la nueva tierra, abandonamos gran parte de las viejas costumbres.*

*Pero quiero creer. Como también quiero creer que nada horrible pasa en este país, que nada horrible va a ocurrir, que a María la aqueja un amor adolescente. Sólo amor, sólo adolescente.*

*Reconozco que es más fácil creer en la presencia del Profeta en nuestra mesa de entonces. Reconozco que la inquietud de la nena me angustia. Pero nada sé de lo que pasa, yo no me meto en política, siempre le digo a la nena que no se meta en política y que tampoco se meta con los que se meten.*

### *El tabaco de Félix*

En nuestra minúscula celda de la U9, todo movimiento, gesto, respiración, se multiplicaba por mil.

Félix fumaba mucho, como la mayoría de los fumadores en general y de los presos en particular.

Félix hablaba fumando, Félix pensaba caminando,

En los exiguos 2 metros de largo de la celda, nuestras charlas eran infinitas. Incluso continuaban durante el recreo. Los otros presos no podían comprender cómo después de 23 horas de encierro en el mismo espacio, la hora de "respiro" en el patio la dedicáramos a seguir hablando. Muchas veces nos preguntaron: Che, pero ustedes, ¿de qué hablan?

Félix consumía muchos cigarrillos. El, como todos los fumadores se proveían en la "cantina" que pasaba una vez por mes. Muchas veces nos suspendían la cantina para castigarnos y para un fumador preso quedarse sin los "fasos" es un tormento.

Yo nunca fumé a pesar de dos intentos inútiles: me decía: -ino puede ser que estando preso no me den ganas de fumar! Por suerte para mi salud, la cosa quedó ahí.

Lo más difícil de la convivencia en esas condiciones con un fumador no es el humo sino los momentos de carencia. Félix, incapaz -como muchos- de prever los posibles y frecuentes cortes de cantina, siempre se quedaba sin cigarrillos. Hubo una época en que estuvimos más de un mes sin cantina. Desesperado, se armó cigarrillos con papel de diario y paja de escoba.

¡Te vas a envenenar! -le dije.

El me contestó con una sonrisa.

Desde ese día me propuse adoptar la siguiente táctica: cada vez que Félix compraba sus cigarrillos en la cantina, me guardaba uno o dos paquetes sin que él se diera cuenta.

Gracias a esta argucia pude, en varias oportunidades, sacar "mágicamente" un atado en el momento en que Félix empezaba desesperadamente a buscar un sustituto peligroso.

Y cada vez, además del asombro, el alivio y el agradecimiento se dibujaban en su rostro.

Carlos

### *El tabaco del pichón*

El encierro, su adrenalina y su angustia, potencian los vicios. Los nuestros eran modestos: faso y mate. De los que el Yomer prescindía por otra parte. Pero no era inmune: todo período de abstinencia lo sufría como propio, porque los fumadores deveníamos, precisamente, insufribles. Una ola de tristeza invadía la "población carcelaria". Y como al Yomer, se transmitía al resto.

Entonces aparecía Beto, el más joven de nuestro grupo, a quien apodábamos el Pichón. Fumábamos cigarrillos armados, comprando tabaco y papel de armar en la cantina. En el fondo de los paquetes siempre restaba polvo de tabaco reseco, que tirábamos.

Menos el Pichón, previsor, que guardaba ese polvo. Y que cuando llegaba el período de carencia, mágicamente, repartía precarios cigarrillos de polvo de tabaco entre los desesperados.

Carlos y Félix

## Capítulo VIH

Hans

*A María que —como le digo siempre a Tita—, ya no es una nena, le pasa algo. Nena o no nena, algo le pasa. No debe ser importante, a los jóvenes les parece importante lo que no es tan importante. No estoy f/reocupado —Tita sí—, porque a las madres les parece importante lo que lo es y lo que no lo es, pero especialmente lo que no lo es.*

*Pero se entiende porque al fin y al cabo Tita es madre y los tiempos son lo que son. Quiero decir, están los militares, buscan gente, se dice que se llevan gente, me dijeron que se llevan gente pero yo nunca vi nada y no se puede decir que sepa algo... Excepto que son tiempos difíciles, especialmente para los jóvenes y que bueno, uno se preocupa. Un poco me preocupa.*

*Y nosotros ya no somos jóvenes pero la vida fue muy dura cuando lo éramos, en Europa, con gobiernos nazis —después de todo militares— que perseguían a los comunistas pero también a nosotros que no lo éramos. Eran brutales y humillantes, golpeaban y empujaban, rompían vidrieras y a alguna gente se la llevaban presa —eso suponíamos-y no llegamos a ver si volvían o no. Por entonces partimos, nos fuimos de nuestros países, de nuestra buena vieja Europa donde habían nacido, vivido y muerto generaciones de los nuestros, no siempre bien, no siempre fácilmente, no siempre sin persecuciones, pero en fin; allí estábamos, amando nuestra tierra, nuestra cultura cada vez más parecida a la cultura de todos.*

*Tita y yo nacimos y vivimos en países distintos y lógicamente por entonces no nos conocíamos. Dejamos atrás nuestros padres y amigos, nuestras casas y vecinos, la tumba de nuestros antecesores, nuestra lengua y prácticamente todo lo que teníamos y llegamos a América, a Solivia exactamente, un lugar lejano y remoto, más cerca del cielo, decía Tita cuando la conocí y me enamoré de ella. Tanto más cerca del cielo que costaba respirar.*

*Allí nos encontramos. Tita dice que le pisé los pies en nuestro primer baile, Tita exagera para burlarse de mí Nos amamos y fuimos felices, hubiéramos sido más felices en la Vieja Europa tal vez, pero acaso no nos hubiéramos encontrado nunca. ¿Quién conoce los misterios del Sr. Destino?*

*Sólo el presumible sufrimiento de los nuestros, de los cuales no teníamos noticias, empañaba la felicidad de nuestro encuentro, pero bueno, había guerra, los nazis decían estar empeñados en-resolver la cuestión, judía, guardábamos la esperanza de reencontrarlos un día.*

*Porque no sabíamos, no sabíamos lo que pasaba, no sabíamos del horror de los campos, del genocidio, de las cámaras de gas, de la muerte horrible, uno a uno de nuestros seres queridos y entonces, a pesar de la angustia)' la incertidumbre, vivíamos la pequeña isla de egoísta felicidad que construíamos.*

*Claro, después supimos. Todos supimos, el mundo entero supo. Hubo indignación, tribunales, juicios, algunas ejecuciones, muchos monumentos, promesas de que nunca más pasaría.*

*Después supimos. Demasiado tarde. Me pregunto qué podríamos haber hecho de haber sabido a tiempo, pregunta estúpida e inevitable. Me pregunto si hubiera sido mejor saber. ¿Y ahora qué? Me pregunto si sabemos tan poco como decimos saber o como queremos saber. No sabemos pero le prohibimos a María salir demasiado a la calle, reunirse con amigos en la calle, volver a casa a altas horas de la noche. No sabemos pero le preguntamos a María ansiosamente por sus amigos, quiénes son qué hacen. No nos decimos nada entre nosotros, no quiero inquietar a Tita, acaso Tita hágalo mismo conmigo.*

*No sabemos, pero a María le pasa algo y la angustia se instala en la boca de mi estómago.*

### *Feliz cumpleaños*

Era el cumpleaños de Beto, a quién llamábamos el Pichón, por ser el más joven de nuestro grupo. Beto era obrero de una fábrica de cristales cuando cayó, apenas pasados los 19 años. Respetábamos esas fechas rigurosamente. Alguna pequeña atención, algún tarro de pésima mermelada, pero, sobre todo, una carta, un texto emocionado resaltando el coraje, la firmeza, la dignidad.

A primera hora, con el preso "de los mandados" se la enviamos, alegremente. El guardia interceptó el envío, que no tenía nada de prohibido. Pero no hay nada que verdaderamente no sea prohibido en la cárcel.

Unos momentos después estábamos en los "buzones", en el sombrío pabellón de castigo. Nos dieron una paliza terrible. Nos exigían declararnos "putos" a lo que nos negamos, recibiendo por ello una golpiza feroz.

Ese fue el feliz cumpleaños del Pichón. Lo aceptó resignadamente. Con su obstinada alegría de siempre. Pasamos varios días, no sé cuántos, en los calabozos...

Carlos y Félix

### *Caramelo*

Los caramelos no eran dulces en la cárcel. Se trataba de mensajes clandestinos conteniendo, a veces, documentos políticos.

Así cayó "el Goro" o "Gorosito", militante del Grupo Obrero Revolucionario (GOR): había intentado sacar un caramelo durante la visita y fue descubierto, Conducido a los calabozos de castigo, apareció muerto al día siguiente. Supuestamente, se habría suicidado ahorcándose con su propia camisa, colgada del borde de la puerta de la celda. El supuesto suicidio no resistía el menor análisis. Lo recuerdo como un muchacho serio, casi sombrío.

Fabricar un caramelo, al menos para nuestro grupo, requería un sofisticado proceso. Alguien lo escribía. Alguien, algunos en nuestro caso, lo "traducía" en letras increíblemente microscópicas, con lapiceras "bic" de punta fina, sobre un papel de cigarrillo etéreamente transparente, apoyado en un espejo. Eran horas y horas de abnegada labor. Abnegada y peligrosa, como la muerte del Gorosito lo atestigua. Nada nos detenía.

Luego el papelito era plegado cuidadosamente, hasta convertirse en un cuadrado de no más de 3 milímetros de lado. Se lo envolvía en polietileno el cual era "sellado" con la brasa de un cigarrillo, Después pasaba la noche debajo de la pata de hierro de la cama. El resultado era increíble.

E iniciaba el viaje hacia la calle, hacia la libertad. Transportado en el ano, en el cordón de una zapatilla o en la boca, en una oportuna carie por ejemplo, era transmitido en un amoroso beso durante las visitas de contacto, mientras ellas existieron.

Ahí salían sueños, esperanzas, exhortaciones a la lucha y análisis de la situación mundial y nacional.

Un día, nuestro caramelo fue descubierto en la celda del Pichón y José. José era el mejor de los "traductores". Su paciencia era infinita y su letra increíblemente pequeña, prolija y legible. Contraria-mente a su letra, José era enorme. Fue el primer detenido de nuestro grupo y el primer liberado. Fue un compañero paternalmente generoso con todos.

El Pichón y José fueron conducidos a los calabozos y -por empezar-, recibieron una paliza feroz. Pero esperábamos lo peor. Además, era bien sabido quiénes constituíamos el grupo así que con el Yomer esperamos que nos vinieran a buscar. Esperamos hasta bien entrada la noche, hasta

largamente después del Toque de Silencio, conversando un poco melancólicamente, seguros del final. En un momento, espontáneamente, nos dimos la mano. Uno de nosotros, no recuerdo quién y ya no importa, dijo "valió la pena: la pasamos bien". Una sonrisa. Y seguimos conversando de cualquier cosa.

Vino el sueño y la mañana y todo siguió normal. No entendíamos. Pero ese día la Cruz Roja Internacional inspeccionó la cárcel. No era un día propicio para la Muerte. La casualidad nos salvó.

Y tal vez contribuyó el contenido del caramelo, un aburrido análisis sobre la situación y el rol de la Socialdemocracia Internacional, la Internacional Socialista. Para la cana, que esperaba instrucciones sobre colocaciones de bombas, atentados y cosas así, el desconcierto debió ser mayúsculo.

El Pichón y José volvieron al patio quince días después. Alegres y valientes, Como siempre.

Carlos y Félix

## Capítulo IX

Mariano

*María es muy linda, sin duda. Linda y nerviosa, impaciente y algo egoísta, lo que yo llamo un poco pequeño burguesa. Lo de linda, bueno, tampoco me parece muy esencial, o imagino que no me parece esencial o me asusta que lo sea... María es muy linda y muy dulce con su amor loco por un cinco que casi no conoce, pero que cree*

*conocer. Y mucho.*

*Se acercó a mí y luego a nosotros porque quiere encontrar a su compañero y le cuesta simular, si es que quiere hacerlo, que es todo lo que le importa. En realidad no le importa la política, ni el carácter explotador del sistema capitalista, ni la dominación mundial ejercida por imperialismo con métodos a veces sutiles, a veces brutales, ni la relación de todo ello con la existencia de una dictadura que quizá —porque al principio no tentamos certeza alguna—, tenga en sus mazmorras públicas o clandestinas al supuesto amor de su vida, del que sólo sabe un nombre y sobre el que sólo aporta una confusa descripción física que comienza invariablemente diciendo: "es muy lindo". Luego repite hasta el cansancio que se profesan un amor mutuo, fuerte, profundo e invencible, que lo tiene que encontrar y que él no. espera otra cosa que esa: reencontrarse. Por lo demás, aparenta malamente interesarse en nuestras largas reuniones, en las que se consideran muchas cosas antes de considerarse aquello por lo que supuestamente nos reunimos, esto es, la situación de los Derechos Humanos en la Argentina, la existencia de miles de prisioneros en cárceles y —peor aún—, en campos de concentración clandestinos, los asesinatos y las torturas. La lucha por el derrocamiento de la dictadura, la reconquista de las libertades y la marcha hacia un régimen en el que los hombres serán felices además de libres, ocupan las horas siguientes. No sin ásperos debates: la relación —por ejemplo—, con diversos organismos internacionales como Amnesty o la Cruz Roja, que a algunos les parecen engendros del imperialismo cuyo objeto no es otro que desviarnos de nuestros objetivos. O peor aún: con enviados del Departamento de Estado de los Estados Unidos, que llegan al país para expresar su preocupación por la situación de los prisioneros de u: J régimen que beneficia a su país y que su país, precisamente, ka contribuido a imponer. Luego: si la lucha debe concentrarse —algunos dicen "detenerse", como si la marcha o detención de la historia dependiera de nuestras discusiones—, en la recuperación de libertades que no serían a su vez sino otros tantos medios de dominación, etc., etc.*

*Entretanto María, bella, nerviosa, permanece silenciosa y ausente. Sólo se anima cuando abordamos el objeto central de la reunión, aquello que nos unifica: la asistencia a las víctimas y sus familiares, la ubicación de los secuestrados o de los detenidos, más o menos legalmente, de muchos de los cuales no sabemos siquiera el paradero.*

*Entonces María abre sus grandes ojos azules, emite alguna que otra opinión, —debo reconocer que se trata de opiniones sensatas, a pesar de su inexperiencia política—, opiniones tomadas con más indulgencia que interés por todos nosotros, acaso porque son sensatas y prácticas.*

*Finalmente plantea una y otra, vez su caso, del cual todos tomamos nota.*

*Casi siempre la acompaño de regreso a su casa; a veces acepta tomar un café en algún bar, algo que todos prometemos no hacer, pero yo quiero estar con María, bella y nerviosa, quiero estar cerca de sus ojos azules, darle esperanza respecto de su Juan -porque se pone más bella y porque su dolor me apena—y balbuceo torpes opiniones sobre su supuesto egoísmo, su interés por un caso, un solo caso entre miles.*

### *Revoleo*

Fue un momento singular, sorprendente y dramático. Dos o tres meses después del traslado a la U9 de La Plata se produjo un "revoleo", lo que, en la jerga carcelaria, supone un gigantesco movimiento de traslados de grupos de prisioneros de un pabellón a otros, movimiento que abarca toda la cárcel. Son, obviamente, otros momentos de angustia, de incertidumbre, de conjeturas. Lo sorprendente fue que esta vez la movilización no tenía nada de arbitrario: juntaron en cada pabellón, en cada celda, a los militantes de una misma tendencia, incluso en algunos casos diferenciando jerarquías: por ejemplo pabellones de dirigentes de una determinada corriente, pabellones de militantes "de base" de la misma tendencia, etc. Todo con una precisión absoluta. Fueron los agentes secretos, dobles, buchones, espías infiltrados, traidores, colaboradores o como se los quiera llamar quienes hicieron el trabajo: de ahí la "perfección" del resultado. Es más, algunos de estos "colaboradores", pasaron a ser públicos, ocuparon puestos de "limpieza" en los pabellones, es decir que a diferencia de todos nosotros estaban sueltos. Es probable que esta decisión de evidenciarlos fuera una tentativa de desmoralizar a los prisioneros, a los militantes, mostrándoles públicamente los traidores de sus propias filas.

Hubo sorpresa, sí. No en todos los casos, de algunos ya sospechábamos o teníamos la certeza. Pero hubo sorpresa. E indignación. No desmoralización.

Carlos y Félix

### **Zita**

"Nuestra" cárcel estaba entre las privilegiadas. El régimen la designó para mostrarla a los organismos internacionales que presionaban por los derechos humanos. Por ejemplo, podíamos enviar y recibir cartas.

Aunque las cartas eran censuradas, con mi compañera de entonces habíamos armado un verdadero código sin claves, que nos permitía intercambiar todo tipo de información hablando aparentemente de otra cosa.

De pronto recibí una carta que sugería un incidente de seguridad. No quisimos entenderla. Pero el patio hervía de rumores sugerentes. Una idea terrible golpeaba en nuestros cerebros, pero no queríamos asumirla: Zita había sido secuestrada, Zita estaba desaparecida.

Zita era la esposa de Carlos. Amaba el tango y su tema era "Los mareados" de Cobián y Cadícamo. Le pusimos Zita, en homenaje al sobrenombre de la que fue mujer de Aníbal Troilo.

En la visita siguiente fuimos notificados de lo que suponíamos. A la salida de la visita anterior Zita fue secuestrada, mientras caminaba con mi Compañera y Marina, mi única hija de entonces. Ambas se salvaron milagrosamente.

Podría retratar a Carlos como prisionero por su buen ánimo. Por su risa. Solo una vez, sólo esa vez, lo vi llorar. Desconsoladamente, aterradamente, desoladamente, sin consuelo posible.

Los recuerdos se mezclan, se confunden, a veces no puedo distinguir entre realidad e impresiones imaginarias. Estas últimas me dicen que a la madrugada siguiente la cabeza de Carlos estaba poblada de canas. ¿Será así, es posible fisiológicamente o es la manera en que yo me represento su indecible sufrir de esos días?

Después de doce días de brutales torturas, Zita fue liberada, abandonada en algún lugar.

Zita partió al exilio. La noche del secuestro es un puñal clavado en nuestra memoria. Él no partirá

jamás, como no se va la dolorosa memoria de los caídos.

Félix

### *La última visita*

Ese día Susana -por entonces mi compañera- vino sin Nicolás a la visita, quizás para que podamos hablar tranquilamente. En esa época cercana a Navidad se hablaba de una posible lista de libertades en la cual yo estaría inscripto. Susana, por precaución, había sacado su pasaporte.

Fue la última vez que hablamos en la cárcel. A la salida ella fue secuestrada.

A la visita siguiente, mi madre vino con Nicolás. Fue un momento terrible. Además de reprimir la angustia por la confirmación de los rumores del patio y de la carta en clave recibida por Félix, tuve que hacer un esfuerzo gigantesco para afrontar las preguntas de mi hijo que, con sus apenas cuatro añitos, quería saber dónde estaba su madre.

Le expliqué que su mamá estaba de viaje y que volvería pronto. No sé si me creyó pero se sintió aliviado ante mi tono firme y convincente.

Al volver a la celda golpeé tanto las paredes que casi me vale una sanción al calabozo y un par de huesos rotos. Lloré desconsoladamente. Creo que fue la única vez durante mis años de cautiverio. Un llanto de impotencia, de bronca y de dolor.

Susana estuvo en la ESMA, donde fue torturada por los marinos de Massera. Después de más de 12 días la soltaron aduciendo que nuestro grupo político estaba catalogado como "violeta" y que seguirían en contacto con ella.

A los pocos días partió a Europa con nuestro hijo. Los secuestradores, furiosos de haber perdido una supuestamente posible "colaboradora", amenazaron telefónicamente al padre durante un año.

Vinieron, además, a interrogarnos a la cárcel (ver "La vereda de la libertad y "Pasar al oral"),

De todos esos años de cárcel, este episodio me resulta el más difícil de relatar. La herida profunda dejada en mi memoria no termina de cicatrizar.

Carlos

### Capítulo X

Todos los Juanes

*Mariano -Mariano siempre bueno conmigo—, sus amigos a los que llamaba "compañeros" los derechos humanos, el imperialismo, las discusiones largas e incomprensibles, palabras, gente, Juan, mi Juan, siempre ausente, ya no estaba en una jaula de silencio, ahora estaba en un laberinto de palabras, ideas, relatos aterradorizantes, pesadillas que me atormentaban cuando estaba despierta y cuando dormía. Me despertaba gritando, sudorosa y asustada, con mamá al lado, mamá con su historia, con su rostro animado por una sonrisa que, yo bien sabía, apenas si ocultaba su preocupación por la nena, por la nena que ya no se sentía tan nena.*

*Cumplía rigurosamente consignas y horarios. No falté a ninguna reunión del grupo de Juan. Hasta me enojaba con Mariano cuando me invitaba a un bar, ya no el de la garúa, sino siempre otro bar para desconcertar posibles buchones —otra palabra que aprendí—, violando las instrucciones precisas "nunca un bar, no se detengan en ningún lado después de las reuniones". Pero Mariano insistía y yo a veces cedía, apenada. Mariano tenía algo del desamparo de Juan.*

*El—como Juan—, hablaba y hablaba. Trataba de interesarme en sus ideas, se irritaba de mi exclusivo interés por Juan. Un día me dijo algo poderoso, del torrente de palabras que caía como una cascada tempestuosa sobre mí surgió algo cristalino, una frase: "no ayudas a Juan, a encontrarlo, acaso a salvarlo, si no te interesas por todos los Juanes". Por si fuera poco, agregó:*

*"a Juan le disgustaría eso". Lo primero me pareció sensato. Lo segundo preocupante: yo quería gustarle a Juan, yo le gustaba a Juan y no quería que se disgustase conmigo. Así que empecé a interesarme por los "otros Juanes". Me puse a trabajar duro por todos los Juanes que pude. Me asombré: el país estaba lleno de Juanes. De algunos se sabía nombre y apellido. De algunos se sabía dónde estaban. Y donde estaban metía miedo. A veces sólo se suponía el lugar y trabajábamos por la certeza. Por todos hacíamos gestiones.*

*A veces acompañé a madres que buscaban sus hijos en entrevistas con hombres sonrientes y cínicos que nos recibían en oficinas de la casa de Gobierno y otros lados. Más que respuestas, recibíamos preguntas. Y frases, frases, frases que las más de las veces lastimaban, tipo "algo habrá hecho su hijo". O "no podemos saber todo, en esta guerra actúa mucha gente". "Comprendan que nos estamos defendiendo, estamos defendiendo el país". ¿Y mi hijo, mi novio, mi Juan ? "Estamos averiguando ".*

*¡Guerra! De modo que estábamos en una guerra, una guerra tan atroz como aquella de la que mamá y papá habían huido en la lejana Europa. No una guerra con miles de soldados, tanques y cañones, batallas a cielo abierto, no una guerra como siempre me la había imaginado, como se veía en las películas, como sabía que fue la guerra de papá y mamá, sino una guerra sórdida, con campos de concentración desconocidos.*

*De modo que ahí estaba yo: ahora fuera de una jaula de silencio, o -por lo menos—, acompañada en una gran jaula de silencio. Todo el país era una gran jaula de silencio. Un silencio poblado de gritos de dolor, físico y espiritual.*

*Ahora estaba en una guerra. Ahora luchaba por todos los Juanes y —por momentos—, pensaba menos en Juan, mi Juan.*

*Tita y Hans se preocupaban. En silencio, también ellos en silencio*

### *La vereda de la libertad*

Ser llamado era convocar la ansiedad, el temor y hasta la esperanza. El nombre voceado en el pasillo del pabellón podía significarlo todo: la visita del abogado, acaso el anuncio de la libertad... sueños. También una potencial amenaza, un traslado con fin imprevisible, una especie del salto al vacío.

Uno de esos llamados nos abarcó a ambos. Intriga, esperanza, miedo.

Fuimos trasladados a un locutorio y luego separados. Me llamaron a mí..

Me instalaron en una mesa, creo que redonda. No recuerdo cuántos eran, tres o cuatro tipos. Se anuncian de Inteligencia de la Marina. Marina y adrenalina riman.

La "conversación" durará una media hora. Todo lo sabían sobre mí: dónde, cuándo, cuánto, cómo había militado. Dan datos precisos y -como suele suceder con los informes de servicios-, otros absolutamente absurdos.

Dado que todo lo saben, me indican, no vale la pena negar nada. Claro, evidente, lógico.

Mi lógica es distinta: aún cuando todo lo sepan, es preciso negar todo. Reconocer, avalar, sólo es un comienzo. Se sabe cuándo se empieza a hablar, nunca cuándo se terminará. Así que niego todo, afirmo, con una estupidez calculada, que, puesto que creen saberlo todo, para qué preguntarme nada. Que nada es cierto.

Y que la 'justicia', en la cual "confío", demostrará la verdad de las cosas y los hechos.

Del tono amablemente distante se pasa a una mezcla de amenazas y disuasiones varias. La más curiosa pero terriblemente inteligente es una puerta entreabierta desde la cual se ve la vereda externa del penal. Estaba a tres metros de la libertad. Del sol. La primera vez que veía una vereda en años. Era tan hermosa...

Si reconociera, porque solo (¡sólo!) tenía que reconocer cosas que ya sabían y que son ciertas y que sólo a mi me atañen, a nadie más afectan. Me permitirían cruzar el umbral. Es angustiante y doloroso. La vereda era tan bella, el sol brillaba.

Así que volví a explicar que confío en que la justicia me dará razón... Y me retornaron a la celda. El Yomer espera encerrado en el locutorio, sin saber qué pasa. Y yo parto sin saber qué pasará con él. Y aunque cada una de mis neuronas me dice que procedí correctamente, a cada una de mis restantes células les duele el sol de la vereda.

Félix

### *Pasar al oral*

Difícilmente uno pueda decir que está preparado para todo en la cárcel. Ser convocado podía tener muchos significados. Vivir en la incertidumbre cotidiana era moneda corriente en nuestra vida de presos políticos.

Sin embargo ese día de noviembre del 77 pensé que podía ser decisivo. Para la vida o para la muerte.

Félix fue convocado primero. Mientras esperaba mi turno pensé en el colegio, antes de pasar al oral. ¿Estaré a la altura de las circunstancias? ¿Tendré suficiente coraje de soportar la presión, el chantaje y la posible tortura? ¿Seré coherente con la actitud de Félix?

Me hacen entrar en un cuarto, en dependencias cercanas a la calle. Alrededor de una mesa redonda me esperaban tres personajes, uno más siniestro que el otro, todos vestidos de civil.

Me acuerdo esencialmente de dos: uno alto flaco, bastante joven y otro mayor, pelado y con anteojos. Fue el que empezó el interrogatorio, directo, agresivo, diciendo que conocía el contenido de mis cartas, que sabía que no estaba bien con mi mujer, que ella -secuestrada dos meses antes y salvajemente torturada tal vez por alguno de esos tres perversos- les había confesado todo, que conocía que estábamos organizando una fracción política divergente con la dirección de nuestro partido, etc, etc.

Ante la avalancha de datos que vomitaban, mi cabeza explotaba de sentimientos contradictorios: bronca de saber que tal vez estos tipos habían torturado a la madre de mi hijo,

Me anunciaron que estaba en la próxima lista de libertades de navidad. Que de mi colaboración dependía que yo apareciera realmente en esa lista. Me preguntaron sobre tal o cuál dirigente político, de cómo estábamos organizados adentro y afuera, etc.

Era una propuesta muy tentadora. Sin embargo, respondí negando todo lo que ya sabían, que después de dos años preso cómo iba a poder darles información de lo que pasaba afuera. De adentro sólo podía contarles de mis lecturas y de mis hazañas jugando al dominó.

El flaco alto, que la jugaba de "bueno" intentaba calmar la ira del pelado aconsejándome colaborar porque de lo contrario esto podía terminar en la sala de torturas.

Yo seguí haciendo teatro, utilizando cualidades que descubrí durante la caída, sin saber hasta cuándo podía durar mi representación.

Después de algunos gritos del pelado, diciéndome que quedaría "pegado" de por vida, el interrogatorio se terminó abruptamente.

Un guardia me sacó de la oficina. No sabía si me llevaban afuera para torturarme o matarme. El guardia retoma sin embargo el camino del pasillo que llevaba a los pabellones.

Nunca sentí tanto alivio de regresar a la celda.

Ese oral me costó quizás dos años más de cautiverio. Pero valió la pena: pude comprobar que, con Félix, seguimos el mismo libreto de nuestras convicciones.

Carlos

## Capítulo XI

Hans: ¿Y qué?

*¿Y qué? ¿Y qué? Le pregunto a Tita, mi Tita, la muchacha que en una ciudad remota llamada La Paz un día ya lejano me invitó a bailar... ¿Y qué Tita? ¿Y qué si la nena tiene novio, si el novio está desaparecido?*

*La Tita hace un gesto de espanto ante la palabra "desaparecido ". La palabra apenas se está empezando a pronunciar No debe ser pronunciada. La palabra navega ya por las calles, anida en unos pocos corazones, golpea desesperada puertas que no se abren, se abre paso como una flor ahogada en la Plaza de Mayo, un día fijo por semana, los jueves.*

*¿Y qué? ¿Y qué Tita ? ¿No desapareció nuestro pueblo durante mi período tormentoso, atormentado, atormentante y turbio, un período que en su larga historia no fue más que un día, en la ahora distante Europa, mientras el mundo miraba hacia otro lado, mientras numerosos eran entre nosotros mismos los que miraban hacia otro lado o hasta se ilusionaban con un viaje salvador hacinados en trenes de ganado, como ganado, peor que ganado?*

*¿Acaso nosotros dos no huimos asustados, desamparados, con apenas unas pocas pertenencias, presos del terror y el desamparo, hacia estos países cuyos nombres dificultosamente deletreábamos, cuya lengua y cultura, ignorábamos?*

*Durante años llevamos sobre nuestras espaldas la culpa de la fuga. La angustiada culpa de haber abandonado a los nuestros, como si hubiéramos estado en condiciones no sólo de salvarnos sino siquiera de entender, en medio de la silenciosa soledad que nos rodeaba, qué era lo que pasaba, dónde iban los trenes...*

*Y aún así, muchacha ansiosa de amor, con la culpa a cuestas, con la confusión del desembarco en una tierra extraña, hostilmente desconocida, me invitaste a bailar. Y acá estás, apenas tres décadas después, preocupada por nuestra nena demasiado rápidamente enamorada de un muchacho sumergido vaya uno a saber dónde, vaya uno a saber por qué, si porque es judío o gitano, si porque es joven o piensa, o —más probablemente—, porque es joven, piensa y sueña. Porque es joven, sueña y desea. Porque es joven, desea y se niega a callar sus pensamientos, sueños y deseos.*

*¿Y qué Tita, si es así? ¿Qué otra cosa nos corresponde a nosotros, fugitivos refugiados en el amor, fugitivos del tormento, la humillación y la muerte, qué otra cosa nos corresponde sino acompañar, alentar, amparar a nuestra nena? Sí, la gente calla, como calló en Europa. Pero todo termina Tita. La felicidad y la desgracia. El coraje y la cobardía... También el silencio, el ominoso silencio, termina.*

*María ama y nosotros amamos a María. Eso es todo, o casi todo. El resto, Tita, es una dictadura sanguinaria, mentirosa y cruel, basada en el miedo. Un gobierno que mata, encierra y secuestra a quien se le oponga o suponga que se le opone. Entre los cuales el Juan de nuestra María. ¿ Qué importa si el amor de María no es más que la ilusión de una noche? Es una ilusión encerrada en algún lado, que ni siquiera ella tiene el derecho de ubicar. Es una ilusión encerrada en Auschwitz o en un cuartel de Buenos Aires o cualquier otro lugar. María busca su ilusión, liberar su ilusión, encontrar su ilusión, salvar su ilusión. ¿Y qué Tita?*

### *La saca*

De las lecturas de nuestra militante adolescencia, quedaron marcadas entre otros el fuerte recuerdo de "la saca", la trágica saca: Una y mil veces relatadas por los prisioneros del franquismo, como el poeta Marcos Ana y tantos otros.'Era el momento en que se leían nombres de prisioneros que, aunque no se lo anunciara, iban a ejecución, es decir, serían asesinados.

Nos tocó vivir un período de saca. Fue a principios de 1977. Murieron cinco destacados militantes. Los dos primeros fueron Rufino "Palometa" Pirlés y Dardo Cabo, militantes de Montoneros, Un día los llamaron para traslado y después supimos que habían sido asesinados. Intento de "fuga", por supuesto.

Hasta ahí podía tratarse de un "simple" asesinato, uno más entre los tantos de esos trágicos días.

Con Cabo, famoso entre otras cosas por un desembarco solitario en Las Malvinas, compartimos unas semanas en un pabellón de Devoto. Era un muchacho alto, prematuramente canoso, muy serio.

A partir de ahí cualquier llamado, cualquier convocatoria, desataba la angustia, el terror.

A los quince días siguieron Horacio Rapaport, primo lejano de Carlos, quien fue trasladado con Ángel Georgiadis y con él asesinado cobardemente.

El quinto fue julio César Urien, miembro de una familia de políticos destacados. Urien tiene formación militar, fue al colegio de

oficiales de la Marina donde en 19V2, con la llegada de Perón, encabezó un levantamiento de guardamarinas: salió del cuartel a recibir a su líder. Creo que su carrera militar terminó allí.

Urien se salvó al borde de la ejecución. La movilización de la familia, oportunamente alertada logró impedir el cobarde asesinato.

Allí se cortó esa ola, allí terminó ese período de la saca.

Queda una cicatriz entre sus compañeros, que éramos todos los presos. Queda una cicatriz de angustia y una cicatriz de dolor por los caídos.

Una cicatriz, otra cicatriz.

Carlos y Félix

### *Mundial*

En 1978 el drama argentino entró en una etapa surrealista. Un doloroso, trágico surrealismo: el campeonato mundial de fútbol, realizado en el país. Con él, inversiones millonarias y negociados mediante, la dictadura quería consagrarse: mostrarse en una gigantesca vidriera mundial, fuerte, sana y "humanamente derecha". De hecho, la puesta en escena se cobró varias víctimas prisioneras del régimen, destinadas a jugar el rol de rehenes "por si pasaba algo". Algunos fueron asesinados "preventivamente"...

El surrealismo tuvo su expresión en la Cárcel. Nos pasaban los partidos de la selección nacional por altoparlantes. Previamente se escuchaban los acordes del Himno Nacional. Algunos prisioneros cumplían el rito de escucharlo "de pie": otro objetivo del régimen militar era abanderar la población, que empezaba a repudiar la dictadura y la represión, detrás de un sentimiento "nacional".

El comentarista clásico de los partidos era José María Muñoz. Quien no se privaba de gritar eufórico que esta era "la verdadera Argentina", que la miraran los periodistas extranjeros, la prensa y la opinión mundial, que vieran que aquí se vivía feliz, sin violación de derecho humano alguno, sin presos políticos ni "supuestos" desaparecidos, etc. etc.

José María Muñoz, epígono de los torturadores, de triste memoria, ya falleció. Fue el vocero de una etapa esquizoide.

En la prisión de viva voz, los prisioneros nos enterábamos de que no existíamos...

Carlos y Félix

### *Esperanza*

Después del Campeonato Mundial de Fútbol, la dictadura, acaso porque se sentía fortalecida por la realización "normal" y victoriosa del Evento o para responder a la creciente presión nacional e internacional, comenzó a decretar libertades, algunas lisas y llanas, otras bajo el régimen de "Sigilada", otras bajo el derecho de opción, es decir, mediante la expulsión del prisionero.

Las listas aparecían en los diarios del sábado. Las esperábamos con una expectativa entre ansiosa

y angustiada, que aumentaba con la proximidad de fechas significativas, fechas patrias, Navidad, fin de año, etc. Nosotros llevábamos algo así como tres años de prisión y habíamos sido absueltos en nuestro proceso judicial.

Así que éramos o nos sentíamos candidatos a las listas. Yomer, eterno optimista, acertaba los plazos "este mes ya empezó, no vamos a contarlo. El que viene es el cumpleaños del Pichón, el siguiente ocurre tal o cual acontecimiento, luego es el día de la Independencia y habrá lista grande y seguro que estamos". En una palabra: él ya saboreaba anticipadamente una libertad que luego no se producía.

El sábado era un día de alegría y decepción. Celebrábamos los nombres de las listas. Nos decepcionaba la propia ausencia.

Pero la esperanza, esa herramienta poderosa, había renacido. Por necesidad, la Dictadura había abierto una válvula de escape a la presión internacional y a la resistencia nacional. Al hacerlo, lejos de su propósito, animó la resistencia.

### *Tigre*

Debe haber ocurrido a mediados del 78. La mano había cambiado. La extraordinaria presión internacional por los derechos humanos en la Argentina, la aún embrionaria pero creciente resistencia en el país, en general sobre el mismo eje, la gesta resonante y heroica de las Madres de Plaza de Mayo, empezaba a tener efectos. La brutal represión, los secuestros, desapariciones, asesinatos, continuaban, pero algo había cambiado.

En la cárcel se sintió sutilmente, sobre todo, por la aparición cada vez más frecuente de listas de libertades, publicadas en los diarios. Libertades incondicionales, libertades "vigiladas", liberaciones por derecho de opción (hacia el extranjero).

Eso fue parte del marco. La tradición carcelaria (no sólo ni fundamentalmente de los prisioneros políticos, sino desde siempre, desde los presos comunes) de castigo y expulsión de los "buchones", los alcahuetes de la policía, en este caso agentes de los servicios de inteligencia o militantes descompuestos que habían "vendido su alma", completan el cuadro.

Hasta entonces estos elementos habían sido tolerados. En muchísimos casos los teníamos perfectamente identificados o fuertemente sospechados. Pero vivían tranquilamente entre nosotros, obligados como estábamos a tolerarlos por la aplastante desigualdad de fuerzas.

Pero un día se produjo un incidente en el patio con el Tigre Millán, de quien siempre supimos su vinculación con los servicios que había sido denunciada por quienes fueron sus propios compañeros. Ello

no obstante, el "Tigre", convivía tranquilamente entre nosotros, como un compañero más.

Alguien inició una partida de ajedrez con el Tigre. Se inició una discusión aparentemente banal entre los jugadores. No recuerdo con quién jugaba y nunca supe si fue planificado pero no me parece. El oponente del Tigre colocó el tablero violentamente en su cabeza. Instantáneamente todos lo rodeamos pateándolo y pegándole. Recuerdo vivamente sus quejidos. Corrió hacia la reja (en la jerga carcelaria se llama a esto "pedir reja"). La guardia se la entreabrió para que pudiera huir. El juego había terminado. El Tigre, un hombre bajo, rubio, de poderosa complexión, nunca volvió a salir de su celda.

Una vez más: no sabemos si el incidente fue planificado. Pero sí que la reacción colectiva no lo fue. Y la cana no reprimió, se limitó a refugiarse. Nos dijimos: "algo cambió en el país". Y en efecto, algo había cambiado. Definitivamente.

Carlos y Félix

## Capítulo XH

### Madres

*Los organismos de Derechos humanos eran muchos y diversos. Discutían entre sí, se discutía dentro de cada uno. Todo aparecía muy complicado para mi escasa experiencia. MÍ mente simplificaba: puesto que a todos nosotros nos resultaba intolerable un régimen basado en la persecución, el encarcelamiento, la tortura, el asesinato, el secuestro, el saqueo, entonces la unificación debería ser posible.*

*Mariano, que ya era mi mejor amigo, mi inseparable compañero, me explicaba pacientemente. Incesantemente, su mente elaboraba argumentos. Con él comprendí que Juan (aunque fuera mi Juan, aunque fuera mi primer y único novio) era una víctima mas y que esa comprensión ayudaba a Juan, contribuía a la lucha por Juan. Que la dictadura y sus métodos no eran casuales. Mariano construía mi esperanza en los momentos de desaliento: este tiempo no sería eterno, otros vendrían: otros en que una muchacha adolescente podría amar sin temer, en que una madre podría saber dónde estaba su hijo, si estaba detenido y por qué y podría ayudarlo y defenderlo.*

*Entre los movimientos se destacaba el de las Madres de Plaza de Mayo. Empezaba a hablarse tímidamente de ellas. Los medios serviles de la dictadura las denostaban, las llamaban "las locas de Plaza de Mayo". Porque allí, en la Plaza, se hacían presentes, cada jueves, sin otra protección que su creciente prestigio en el país y en el mundo. Motorizadas por la desesperación, la angustia, el dolor, armadas de un coraje desconcertante para la dictadura que no atinaba a una actitud coherente: ora las ignoraba, ora las atacaba físicamente a través de esbirros y provocadores varios.*

*Mariano decía que nunca había ocurrido algo así en el país y que eran un signo anunciador de los tiempos futuros, que para mí eran los de la libertad, la paz y el amor y para él los del socialismo, un sueño bello como su persona. Yo reconocía con humildad mi ignorancia y, a veces, para satisfacerlo, dejaba que identificara sus sueños con los míos.*

*¡Las Madres! Un día fuimos a acompañarlas en su eterna vuelta, en su impasible viento de pañuelos blancos en el que llevaban escritos el nombre de sus hijos. Yo no podía creer lo que vea: la fusión del dolor y el coraje dando simplemente vueltas en torno a la Pirámide, rodeadas y agredidas por agentes de civil y uniforme. No me parecían —a diferencia de Mariano—, el preanuncio de un tiempo futuro. Me parecían ya ese tiempo. Era el mundo que soñaba: un mundo de hijos y madres, de novios y de novias, de muchachos y muchachas infundiendo temor a los malvados, a los egoístas, a los monstruos, un mundo de blancos pañuelos... Soñaba llorando, conmovida, acompañada por un Mariano ceñudo y pensativo. Mariano no se entregaba a la pasión y la emoción: Mariano pensaba demasiado.*

*En mi vida, hubo mi antes y un después de conocer a Juan. Un antes y un después de su desaparición. También, un antes y un después de ver a las Madres de Plaza de Mayo.*

### *Pensamientos I*

Cuando empezamos a pensar en este libro nos propusimos firmemente no polemizar con las numerosas corrientes de la militancia revolucionaria argentina que existían en esa época ni con las que sobrevivieron o se crearon posteriormente.

Para nosotros la cárcel fue una experiencia de vida y militancia. Resistir la degradación a que nos intentaban someter implicaba, entre otras cosas, pensar. Y creo que, en tal sentido, fue uno de los períodos más intensos que hayamos pasado.

Todo, y no sólo la política, pasó por un intenso proceso de análisis crítico. El terreno de las ideas es difícilmente encarcelable... Las rejas sólo encerraban nuestros cuerpos. Al contrario, lejos de las direcciones férreas constituidas en las combativas décadas del sesenta y del setenta, pensamos más libre y ampliamente que nunca.

Por nuestra "mesa de debate" pasaban la historia y la economía, la política y el psicoanálisis, la filosofía y el derecho. Pobres de materiales y de información, éramos ricos en libertad intelectual y

tan permeables como nuestra educación militante, orgánica y firme, lo permitía. Éramos ricos de espíritu a falta, sensible, de otras posibilidades.

Soñábamos. De los sueños surgieron ideas inteligentes y novedosas, que hoy son en muchos casos ejes de pensamiento moderno. Y por supuesto: también delirios, sanos delirios, pletóricos de esperanzas.

Así concebimos la idea audaz para los trotskistas que éramos, de que la *W* Internacional había perimido. Y que, en consecuencia, la hora

de una nueva Internacional, la Quinta, había sonado. Nos sentamos como los grandes descubridores del siglo XV.

Naturalmente, muchos pueden discutir estas posturas. Pero, otra vez, no es nuestro objeto. Nosotros mismos cuestionaríamos hoy muchas de esas conclusiones. Lo que queremos destacar es que, angustiosamente encerrados, creábamos sobre lo que era -y es-, el eje de nuestras vidas. En medio del encierro, la muerte y la tortura, pensábamos el futuro.

También esto queremos señalar: para algunos militantes la IV Internacional sigue vigente, idea por supuesto respetable. Pero nosotros la poníamos en cuestión unos años antes de que se creara el sindicato *Solidaridad* en Polonia y mucho antes de que se derribara el Muro de Berlín y se desintegrara el "campo socialista", incluida la URSS.

Otra idea, a la que llegamos con la pobre información que recibíamos, era que el capitalismo, en su decadencia, había arribado a una "etapa delictiva". Todavía el escándalo del narcotráfico y del lavado de capitales, de la corruptela generalizada y de los derrumbes de imperios como la ENRON o Worldcom, basadas en balances trucados y estafas masivas no se avizoraban.

Recientemente, el periodista especializado en cuestiones económicas, Julio Sevares, publicó su libro titulado "El Capitalismo Gri-minal", analizando precisamente esos fenómenos. ' Nosotros los pensamos hace casi tres décadas, con escaso material y mucho antes de eventos tan decisivos como los que mencionamos. Sí: nuestras ideas eran pobres de toda pobreza. Pero algunas resultaron asombrosamente ciertas. Sí: hicimos mucho más que sobrevivir. Vivimos.

Carlos y Félix

## *Pensamientos II*

Esas ideas eran parte de una discusión abierta con la dirección de la organización política a la que pertenecíamos. Incluía una crítica frente a lo que considerábamos un pronóstico absurdamente errado sobre la posibilidad de un golpe de estado en el país. O en todo caso, del carácter necesariamente débil de un gobierno de facto surgido así.

Esos errores causaron daños funestos. Algunos compañeros presos a Disposición del Poder Ejecutivo, en virtud de la vigencia del Estado de Sitio, hubieran podido salir en libertad en el extranjero ya que el régimen legal lo permitía si no se estaba al mismo tiempo bajo juicio. La organización opinó que debían permanecer en la cárcel "para proseguir la lucha". Cambió esa posición inmediatamente de producido el golpe de estado... Cuando la dictadura prácticamente anuló ese derecho.

No se trata aquí de reabrir una discusión ya perimida. Queremos destacar la pasión de los militantes, de ésta como de otras organizaciones, capaces de abrir debates fervorosos, escribir documentos, sacarlos clandestinamente de la cárcel, en un marco de encierro, incertidumbre, torturas, palizas y riesgo de muerte.

La militancia toda vivía un sueño febril y generoso, con las consecuentes discusiones, y a ese sueño se entregaba sin reservas, en cualquier condición.

Producto de esa fiebre era también, contradictoriamente, una intolerancia disciplinaria que no soportaba la disidencia. Nosotros, el grupo de presos de esa organización y varios otros valiosos compañeros que estaban afuera (el mundo se dividía en "adentro" y "afuera") y que apoyaban activamente nuestras posiciones, fuimos expulsados.

Fue un momento doloroso, que todos asumimos con más coraje que resignación, confiados, como nuestros adversarios, en la justeza de nuestras ideas.

El tiempo nos enseñó que, como en todas, había en ellas aciertos y errores. Y no mucho menos autoritarismo.

Pero aciertos, errores y autoritarismos se apoyaban en una sincera pasión, en una inmensa y generosa esperanza.

Carlos y Félix

### *El sátiro de la zapatilla*

Había olas de terror. Ligadas a "la saca", al asesinato de uno o varios compañeros, a la aparición de un guardia particularmente perseguidor, que distribuía castigos sistemáticamente, castigos que empezaban con una feroz paliza en el pabellón de castigo (los "buzones") y que no se sabía dónde terminaban. Esa angustia, la angustia de ía incertidumbre, era peor que cada golpe, que la sucesión aparentemente interminable, aparentemente infinita de los golpes.

Una vez, por ejemplo, nos llevan con Carlos a los buzones, ya no recuerdo por qué. Un guardia petisito (guardé la impresión de que los petisos eran más feroces) comenzó a golpearme casi con desesperación. En un momento comienza a hacerlo con las palmas de las manos en los oídos. Es tremendo. La víctima se marea, se acerca al desmayo. El hombre gritaba, yo ni siquiera alcanzaba a eso. Me decía terrorista, asesino de policías, se acercaba peligrosamente a la emoción, casi con lágrimas en los ojos, un loco furioso o alcanzado de una furia demencial.

Lo increíble es que el cana que lo acompañaba en un momento lo tomó de los hombros y lo paró, seguramente más impresionado por el delirio del golpeador que compadecido de mi sufrimiento. Y se lo llevó, calmándolo.

Mis labios sangraban como suele hacerlo esa zona irrigada: profusamente. Carlos estaba frente a mí que, completamente mareado, me sentía feliz del "descanso". No me acuerdo exactamente de sus palabras pero me dijo algo así como: "te destrozó" o "te mató". Sin embargo, estaba vivo y pude balbucear al respecto

*Fue en una cena, una de nuestras silenciosas y tristes cenas de los últimos meses. Dije de pronto: "nuestras cenas, nuestros encuentros se han vuelto tristes y silenciosos ". Me miraron con asombro, como si fuera una aparición. Era una aparición. La nena hablaba. La nena ya no era nena. "Es porque estoy enamorada de un chico desaparecido " agregué. Se llama Juan y nos amamos, pero hay quienes no lo aman. Nos amamos como ustedes se aman y como alguna vez no fueron amados. Fueron odiados por algún motivo absurdo, por una dictadura que instaló el odio como norma de relación entre las gentes ". Me miraban con asombro, yo me escuchaba con asombro, como si fuera otra persona la que hablaba.*

*Y no podía parar. "Ustedes saben, todo esto, siempre lo supieron, yo siempre supe que ustedes sabían. Lo que pasa es que instalaron el silencio entre nosotros ". Casi grité ese "nosotros ", pero no se sobresaltaron. "Como entre ustedes, entre los suyos, alguna vez, en otro país ". "Pero el silencio no sirve, no entre nosotros, sí con ellos, al menos hasta que les podamos gritar".*

*"Yo amo a Juan y él me ama. Lo busco y lo seguiré buscando y en esa búsqueda busco y buscaré a muchos otros Juanes, porque ustedes saben, todos sabemos que este país está lleno de Juanes".*

*Mamá lloraba silenciosamente. Papá también, peroiqué bien lo disimulaba! Se miraban, se miraron y papá dijo: "eso es muy peligroso. Pero nosotros entendemos. Vamos a ayudarte como podemos". Entonces la que lloró fui yo. Y no silenciosa ni disimuladamente. Por primera vez desde la desaparición de Juan lloré con alguien que no fuera mi almohada y mis muñecas, por primera vez desde el Tortoni. Nos abrazamos. Ahora, con la cabeza ardiendo, me llevaban en un patrullero, empujada, golpeada y humillada, amenazada e insultada. "Tira-bombas"-me decían. "Asesina de policías", "vamos a matarlos a todos ".*

*Pasé la noche en una celda helada y oscura, entre amenazas y gritos. A la mañana me*

*interrogaron. Juan había aparecido. Tenía una mezcla de felicidad y angustia. Y mucho miedo. Traté de mantenerme serena. No lo logré pero creo que lo parecí. Me preguntaron de todo, me pegaron, me preguntaron por mamá y papá, por mis otros compañeros, direcciones, teléfonos, de vez en cuando volaba una cachetada. Eso no era nada, yo sabía que eso no era nada. Yo sabía lo que podía esperarme. Casi rogaba que eso se prolongara, que no me llevaran a otro lugar, que no me torturaran.*

*"Tenes suerte de que te hayamos detenido nosotros, de estar en una comisaría, donde vienen los abogados. Los tuyos ya vinieron ". ¡Suerte/ Qué amarga paradoja, qué cierta sin embargo!*

*A la mañana vinieron papá y mamá. Me permitieron verlos. Estaban muy serios y muy dignos. Me acariciaron la cabeza en forma evidente, como para decirle a la cana que ellos estaban conmigo. No fue lo que me dijeron. Lo que dijeron fue: "estamos con ustedes".*

## **Risa**

Nuestra celda reía, como cantaba la celda del recordado Jules Fucik, en las mazmorras de la Gestapo.

Nosotros reíamos en ella, en medio de la angustia, del temor.

Una noche, después de la orden del Silencio, porque el Silencio se ordena en una cárcel, un guardia abrió con violencia la ventanilla,

increpándonos. Y se fue.

Unos segundos después volvió a abrir. Temimos lo peor: nuestra risa franca y estentórea podía terminar en un drama.

Nos llamó y preguntó: ¿de qué se ríen?

En su cerebro, más preso que el nuestro sin duda, la entereza de las víctimas, la alegría de los luchadores, no cabía.

Carlos y Félix

## **El ratón Azul**

Escribí toda mi vida y aún lo hago. Rara vez poesía, nunca cuentos infantiles. Sin embargo, la cárcel opera milagros y en una ocasión le escribí un cuento bastante largo a mi hija Marina.

Se llamaba "El ratón azul". Era un alegato contra la discriminación racial. Pero no es a su contenido que me quiero referir.

Después de escribirlo, quise editarlo. Nuestro "aparato" de edición/impresión se puso en marcha. Yo aportaba ideas que mi torpeza manual me hacía incapaz de realizar. Así, inventé una diagramación e ideé los dibujos.

De la "impresión", es decir, de copiarlo con letra parejita y clara en base a una paciencia infinita, se ocupó el mejor para esa tarea: José. Diagramación: Carlos, naturalmente.

De los dibujos se ocupó Daniel Cazeaux, de quien después creí saber que vivía exilado en Holanda. Daniel tenía una mano maravillosa para dibujar. Creó imágenes divertidas, imbuidas de una inmensa ternura y con una capacidad casi increíble de interpretar fielmente al autor.

Trabajó con medios primitivos, convirtió en colores materiales inverosímiles. Recuerdo que sacó un marrón amarillento perfecto usando el óxido de las camas de hierro del penal...

El amor por los hijos, la separación de los seres queridos, el encierro, la íntima comunidad espiritual basada en la solidaridad entre los presos operó esos milagros.

Faltando unos pocos dibujos, decidimos sacar el libro, temerosos de que los privilegios se acabaran o -más simplemente-, que una requisita destruyera el ejemplar.

Durante años, no me animé a decirle a mi hija que yo no había sido autor de los dibujos. Por lo cual en libertad ella me atormentaba -a justo título-, para que terminara de ilustrarlo. Algún día pude decirle la verdad y restituir el honor de la ilustración a quien tanto lo merecía.

Félix

### Comunes

Había entre nosotros un grupo de presos comunes. Los hubo, probablemente, en todas las cárceles de presos políticos.

Algunos vinieron simplemente mezclados. Otros contaban esta historia: caídos en el '75 se declararon "presos políticos", en la esperanza de beneficiarse con una amnistía como la del '73. Craso error. Se pasaron años a disposición del Poder Ejecutivo, bajo el régimen del Estado de Sitio.

Por lo demás, la convivencia fue buena, a pesar de 3as culturas diferentes. Lógicamente hubo algunos incidentes, producto de la tensión creada por esa diferencia. En general se producía cuando algunos de nosotros pretendía asimilarlos, incorporarlos a las reuniones políticas, adoctrinarlos, etc. Pero se trató de hechos menores.

Si nos abstraemos del cuadro dramático de la marginalidad, la delincuencia, el lumpenproletariado o como se quiera llamarlo, los personajes resultaban pintorescos en medio de todos nosotros.

Carlos y Félix

Con frecuencia, caminando por el centro lo veo a X, "relojeando" transeúntes a la pesca de una ocasión. Pequeño ladrón callejero, me saluda cariñosamente y me habla políticamente, me habla de los "compañeros", se refiere -toscamente-, a la situación nacional; Lo veo pobre y degradado. Ha perdido algunos de los pocos dientes que tenía.

En la cárcel era solidario, como suelen -o solían serlo- los comunes en general. Pero compartir una celda con él era deprimente, porque muchos comunes duermen tanto como pueden. Ellos mismos dicen que así le roban horas al encierro, que es una forma de escaparse, comentario de pura naturaleza psicoanalítica.

Otros, sin dejar de ser buenos compañeros, se atrincheraban en una postura algo sarcástica, algo irónica.

Félix

### Capítulo XIV

#### Resaca

*1979- Mil novecientos setenta y nueve. Tengo necesidad de repetirlo. En números y letras como en los documentos formales. Formalmente. El país comenzaba a desperezarse de un largo y doloroso sueño, luego de la borrachera de lo que se llamó "plata dulce", lluvia de dinero fácil caída inopinadamente sobre una clase media entre codiciosa y asustada. Y sazonada por los clamores triunfalistas del Mundial de fútbol, se despertaba con resaca.*

*Dije sueño, podría, decir pesadilla. Pero es cuestión, de palabras y la realidad no podía ser atrapada por términos más, términos menos. Algunos argentinos no se habían dormido. Los prisioneros, ¿os secuestrados, los torturados, no tenían derecho al sueño, no lo tuvieron nunca. Juan nunca durmió, nunca h durmieron. Algunos otros argentinos nos fuimos sumando, despertados por el dolor de nuestros hijos, hermanos, amigos, novios, mi Juan.*

*Pero sólo habíamos sido algunos. Desde el exterior se gritaba la verdad. Desde los trágicos "Falcon verdes " se gritaba la verdad. Los "operativos rastrillo", las "encerronas", gritaban la verdad. Pero el turismo hacia afuera, los dólares hacia adentro, el triunfalismo del Mundial de Fútbol, la propaganda patrioter ("los argentinos somos derechos y humanos"; debiera haber*

*dicho; los argentinos son inhumanamente enderezados) narcotizaban a los argentinos. Algunos argentinos no fuimos "los "argentinos. Los argentinos "no se daban cuenta " es decir, se daban cuenta pero temían, se daban cuenta pero habían perdido el coraje, la lucidez, la esperanza, la sonrisa. Y se entiende: la dictadura metía miedo.*

*Pero cuando fui detenida era 1979- El sueño empezaba a terminar. Los argentinos parpadeábamos asombrados. El que no tenía un hijo desaparecido o muerto o exilado o detenido, tenía un amigo, un pariente, un vecino. La represión fue vasta, selectiva, pero al mismo tiempo intencionalmente indiscriminada. La plata dulce se estaba volviendo amarga y ya no abundaba. La negra sombra de la deuda externa acumulada asomaba en el horizonte. Nos habían robado el pasado y presente y el futuro aparecía oscuro, confuso. Un doloroso despertar. Con un poco de vergüenza, con necesidad de justificar, con "no sabíamos "...*

*Era 19 y 9 cuando fui detenida. Tiempo de despertar. La dictadura tomaba nota de la, situación. Y la presión internacional se volvía insoportable para ella. Gobiernos empujados por la opinión pública de sus países se veían obligados a actuar, a reclamar, a protestar.*

*Al tomar nota, la dictadura hacía algunas concesiones. Reaparecieron algunas de las víctimas encerradas en campos de concentración. Mejoró la situación en las cárceles. Había menos secuestros, menos torturas. Era 1979 y el doloroso despertar de los argentinos me salvó. Después de quince días de encierro, de agresiones, de amenazas, de humillaciones, fui dejada en libertad.*

*Los argentinos no podían creer lo que había pasado mientras dormían. Yo no podía creer mi liberación. El abrazo con Hansy Tita, los tres llorando, los tres declarándonos nuestro amor y nuestra solidaridad.*

*Llegamos a casa al anoecer. Mamá preparó una sopa humeante y en la mesa hubo un mantel de fiesta y una botella de vino. Brindamos. Por mi libertad. Por la libertad. Por Juan. Por Mariano. Fue la primera mesa alegre que tuvimos desde que todo empezó.*

*A Mariano lo liberaron una semana después, bastante más golpeado.*

### *Cruz Roja*

*Era infalible: ese día se comía milanesa. El rancho repulsivo, la tumba negra de carne vieja sobrehervida, los guisos grasientos en los que flotaban algún pedacito de carne, las polentas imposibles, sufrían una transformación milagrosa. ¡Milanesas! Sabía a banquete!*

*Alguien venía del extranjero a inspeccionar nuestros alicaídos derechos. Generalmente la Cruz Roja. Eso explicaba el banquete. Era uno de los beneficios de la visita.*

*"Nuestra" cárcel, Unidad 9 de La Plata era una de las "vidrieras" de la Dictadura. Si aún así hubo torturas, palizas y asesinatos, quedaría para la imaginación suponer lo que eran los "patios traseros". Claro que no es necesario imaginarse, dado que los relatos abundan.*

*En general, otro beneficio era que se vaciaban los buzones de castigo. Fue así como nos salvamos del desastre en el caso de la caída de nuestro "caramelo" (ver 87). Por lo demás, los "inspectores" nos interrogaban a algunos en algún local de la cárcel.*

*Nuestro grupo optó por negarse a declarar. No teníamos ninguna garantía sobre el destino de lo que se decía, por ejemplo, la posibilidad de que los jefes de la cárcel recibieran o percibieran informes. Los inspectores partían, el "aguante" teníamos que hacerlo los presos. Y en la Argentina no era necesario arriesgar el cuerpo o la vida de los prisioneros para saber de qué se trataba.*

*De hecho, una vez los inspectores visitaron a Félix en la celda, para preguntarle sobre quejas y reclamos. Llegaron acompañados... por el Director de la Cárcel.*

*Carlos y Félix*

## *Juegos*

No sé si hay algo en la vida de la cárcel, de los prisioneros políticos, que deba dejarse como obvio. Pero por supuesto que el juego constituía una actividad muy importante, una sana manera de descargar las tensiones, de escaparle al encierro.

Aunque hubo alguno inventado por ahí, una suerte de juego de guerra creado en Devoto, los principales fueron el ajedrez y el dominó.

En la U9, el ajedrez se jugaba en el patio, con un nivel pasablemente mediocre. Hubo incluso campeonatos, con eliminatorias, etc. Pero en Devoto, donde los recreos eran raros y pasábamos largo períodos encerrados, se jugaba por los "canales de comunicación" y muchísimas veces con contrincantes situados en otro piso, incluso muy alejados, a los gritos. El alarido "peón cuatro rey" debió convertirse en un insólito sonido del barrio. Además no teníamos verdaderos juegos, así que eran improvisados con papelitos. Entre la precariedad y la distancia, se armaban terribles confusiones, con lo cual cada contrincante jugaba su propio partido, comiéndose piezas imposibles en el tablero del otro. Discusiones a los gritos, ímprobos tentativas de rehacer el camino de todo el partido. Así, durante horas, mágicamente desaparecían la angustia, los muros, las rejas...

El dominó era una pasión, todos nos volvimos expertos en los cálculos matemáticos -rápidas sumas-, que el juego exige. Pero nadie tan eficaz como Juan Graiver, empresario píateme detenido bajo la acusación de atesorar supuestamente fondos por cuenta de la Organización Montoneros.

Graiver, ya fallecido, era judío, pueblo aficionado al dominó. Ya las cuentas. Sumaba velocísimamente en idisch, dejando atrás a todos los integrantes de nuestro pequeño mundo, resistiendo la represión detrás de fronteras lúdicas.

Carlos y Félix

## *Buzones*

El fatídico Pabellón de Castigo, "buzones" en la jerga carcelaria, era obviamente tétrico. Ahí íbamos a parar por cuestiones nimias, arbitrariedades varias o asuntos graves. Allí apareció colgado, supuestamente suicidado, el Gorosito, de quien ya hablamos. Ahí mataron a golpes a un prisionero cuyo nombre no recordamos, un preso platense enfermo de epilepsia.

Fue después de una noche de crisis. Tenía las pupilas terriblemente dilatadas y fue sacado de la celda porque esa mañana llegó la provista del almacén. El oficial a cargo del operativo lo inquirió brutalmente, preguntándole... por qué lo miraba así. El compañero apenas consiguió balbucear la razón. Fue llevado a los buzones, sometido a una paliza brutal. Falleció -supimos-, en un hospital adonde la gestión familiar consiguió que lo llevaran. Tenía los órganos destrozados. Cuentan que su agonía fue tremendamente dolorosa y que murió esposado a ía cama. La valiente policía mató así a un enfermo por una mirada. Uno se pregunta qué fue de esos criminales. Uno lo sabe: están en libertad, quizás revistando en la fuerza penitenciaria, quizás ya ascendidos.

El pabellón era oscuro, con un techo muy alto, duchas y celdas muy grandes, mucho más que las normales. Sólo tenía un lecho de cemento y un agujero como letrina. El colchón lo entregábamos a la madrugada y sólo nos lo devolvían a la noche. No tenía luz natural, sólo una pálida y amarillenta lamparita durante algunas horas. Cuando después del castigo volvíamos al patio, la palidez era típica. Dos presos que estuvieron encerrados allí durante más de un mes por padecer sarna, enfermedad endémica en las cárceles, salieron con un tinte verdoso en su piel.

El ritual era riguroso. Ducha helada durante minutos, a veces durante horas. Después, la paliza, que se sabía cuándo comenzaba pero nunca cuándo y cómo terminaría.

Sorprenderá acaso al que no haya vivido la experiencia que la vuelta a la celda "normal" y al patio fuera considerada casi como una liberación, casi la libertad-

Carlos y Félix

## Capítulo XV

### Me faltas

*Ya no podía estar en casa, tuve que separarme de Hans y Tita, de sus guerras, de su paz duramente conquistada, de su amor construido en las alturas de La Paz, de su solidaridad, de su comprensión, de su apoyo. En mi valija llevé sólo mi osito de peluche. La dictadura se había llevado mi novio, mi infancia y —en gran medida—, mi adolescencia. Y la vida y los sueños de decenas de miles de argentinos, jóvenes en su mayoría.*

*Pero en medio del horror, yo —y decenas de miles de argentinos, jóvenes y adultos—, construimos otros sueños, otras esperanzas, fundados en la memoria, en la resistencia, en la solidaridad.*

*No sabía entonces si volvería a ver mi casa, mi pieza, el resto de mis peluches. Mis padres lloraron por dentro —como siempre—, y sonrieron por fuera.*

*Tampoco podía seguir en el colegio, ni verme con Mariano, ni con los compañeros de lucha por la libertad, por las libertades, por la reaparición de los desaparecidos.*

*Otros compañeros me recibieron, cálidamente, en su casa.*

*Mariano me faltaba. Nos habíamos hecho muy amigos. Mariano era un niño serio como un adulto. Mariano me faltaba y yo ya sabía que Juan estaba vivo y dónde estaba y hasta cómo vivía. Traté de comunicarme con él, pero fue en vano. Su familia lo asistía, pero se negaba a ser asistida. Como alguna gente, no comprendía que los Juanes eran muchos.*

*Yo sí. Era como si mi amor —que persistía, entero—, se hubiera tranquilizado. Mi amor era, un arma en medio de un ejército. Juan era una de las víctimas. La que yo más amaba, la única que amaba así, pero una de tantas víctimas.*

*Con Mariano sí me comunicaba a través de una complicada cadena de compañeros y amigos. La comunicación era oral, lenta y —claro—, un poco distorsionada. Además ¿Qué podíamos decirnos a través de la gente? Que estábamos bien, que acaso habría que partir.*

*Porque había que partir; Hansy Tita lo sabían. Cuando nos despedimos me dijeron —y yo entre las lágrimas y la emoción no comprendí lo que decían—, "vos también tendrás que ir hada La Paz".*

*Un día me llegó un mensaje de Mariano. "Se va " me dijeron. Y yo sentí un gran dolor en la boca del estómago. La boca se me secó. Era mi compañero en estos años de lucha y de dolor. Era el que me explicaba cosas que no entendía, pero que me tranquilizaban. Siempre me pareció un chico demasiado serio, también demasiado solo. Sabía que no sólo él me acompañaba a mí. Nos acompañábamos mutuamente.*

*Durante dos meses no tuve noticias. Un día me dijeron que estaba en París y que me había dejado un mensaje escrito, una pequeña esquela. Me la trajo una muchacha alegre, siempre dispuesta a la acción, madre de dos hijos, esposa de un desaparecido. Sonrió al darme el papelito, enrollado, arrugado. Sonrió al verme guardarlo displicentemente en un bolsillo. "Léelo", me dijo. "Después", contesté. Aunque el deseo y la impaciencia ardían en mi interior.*

*Creo que Alicia, tan alegre, tan sabia, tan sabiamente alegre, me entendió. Se despidió rápidamente.*

*"Me faltas", decía el papel. "Me faltas". Lo guardé junto a mi osito de peluche, junto a lo que restaba de mi infancia y mi adolescencia, esperando, él también, partir, acaso a una ciudad tan fabulosa como aquélla en que yo le faltaba a Mariano*

### *La noche de los libros rotos*

Habrían pasado una o dos meses de nuestra llegada a la U9. Nuestro grupo había acumulado un tesoro de 60 libros, de los que recuerdo especialmente La Aventura de la Física de Einsten-Infeld, obras de Freud y un ejemplar maravilloso, antiquísimo, de la Historia de los Girondinos, de Lamartine, en español.

Una noche sentimos una batahola infernal, gritos, centenares de pies pesadamente calzados

resonando en los pasillos de la cárcel. Nuestro pabellón, el 14, estaba ubicado al final del largo corredor-eje central que conectaba las edificaciones, por lo cual la avalancha tardó en llegar a nosotros.

Otra vez a pensar e imaginar lo peor. Félix vivía en una celda con un compañero de apellido Lahite. Se despertaron alarmados y se les ocurrió vestirse tan arropadamente como pudieron, para absorber mejor los posibles golpes, lo cual era absurdo: nunca nos golpeaban vestidos.

Era un operativo del ejército. Objetivo: destruir todo material subversivo. Con lúcida visión consideraban como tal todo material escrito. El arte es subversivo. Pensar es subversivo.

Pero como la orden era eliminar todo papel, también secuestraron el papel higiénico, el papel para armar cigarrillos... La lucidez de los represores tiene el límite de la estúpida arbitrariedad.

Por supuesto: fuimos arrancados de las celdas a patadas. Obligados a desnudarnos. Golpeados brutalmente.

Al regreso, la consternación: todos los libros secuestrados para ser quemados. El fascismo es igual en todo tiempo y lugar.

También hubo un detalle cómico. Entre los compañeros había un joven obrero de la Peugeot, un muchacho bueno e ingenuo. Aunque el operativo se desarrolló en medio de la noche, el hombre supuso que era hora de recreo y cuando abrieron la celda salió extendiendo los brazos para el rutinario cacheo, con su pipa en la boca... No sé si la pudo encontrar después del primer cachetazo.

Vale la pena contar algo sobre el personaje: detenido por "sabotaje industrial", un día que habiendo reñido con su novia, fue de malhumor a trabajar. Presionado por el capataz se desbordó y dio un martillazo sobre una máquina. Un martillazo subversivo, claro-Llamamos a esta noche "de los libros rotos" por analogía a esa otra noche de los cristales rotos en uno de los períodos más oscuros de la humanidad.

Carlos y Félix

### *Lapicito*

Entre nuestros "privilegios" estaba el de tener libros. Con libros y encerrado, ¿Qué otra cosa podía hacer sino leer obsesivamente? Eso hacían la mayoría de los compañeros.

Tengo la manía de marcar las frases que me parece que valen la pena, con lápiz, por respeto al objeto libro. Pero también soy un incurable distraído, así que perdía el lápiz sistemáticamente en una celda minúscula! volviendo loco a mi amigo y compañero de luchas y de celda, Carlos.

Para evitar perder el lápiz, tomé uno muy pequeño, ínfimo, de sólo dos centímetros y medio, al cual ataba un piolín que sujetaba al pantalón. Así no se perdería. Era azul y lo bautizamos el ratón azul, como el título del cuento que escribí para mi hija (ver 127).

Cuando terminaba, enrollaba el largo piolín en el lápiz.

Así un día salí al recreo, al cual sólo tenemos derecho de llevar un pañuelo. Somos cacheados por un guardia delgadito y pequeño.

Siente "algo" en el bolsillo. Pregunta alarmado que tengo, cosa que no sé. Adrenalina, como siempre.

Lentamente el cana introduce dos dedos en mi bolsillo, como si pudiese tener, no sé, un explosivo.

Empieza a sacar algo. Adrenalina. Aparece la punta de un piolín. Mirada de extrañeza y alarma. Y odio, siempre odio.

Yo ya sabía de qué se trataba, de la misma manera que lo imaginan quienes leen estas líneas.

El hilo parece interminable. Sale y sale. Al final, un minúsculo lapicito, el ratón azul.

Podía pasar cualquier cosa. Castigo, buzones, paliza y luego no se sabía.

Atiné a balbucear que yo era tan distraído que... Pero me interrumpió con un grito: ¡Vuélvase a la celda! Quedé encerrado y sólo perdí el recreo.

Me salvé. El desconcierto del cana fue tan grande que me salvé. Creo que no me batió por temor al ridículo.

Félix

### *Literatura*

Puesto que teníamos el privilegio de leer, casi todos leíamos mucho.

Los familiares traían libros, a veces ya no sabían cómo abastecemos, de dónde sacar, qué títulos traemos. Armábamos una biblioteca del pabellón, bastante organizada, con una "base de datos", es decir, un cuadernito administrado por un bibliotecario.

Así, los libros circulaban, se sabía quién era el dueño, quién lo estaba leyendo y desde cuándo. Y se presionaba a los morosos.

Había libros mayores, literatura de la mejor del mundo entero. Para gente a la que el tiempo sobra, es un enemigo a vencer, la lectura es un arma poderosa. Algunos, como el Pichón, se hicieron, en la cárcel, lectores voraces, difíciles de abastecer.

Pero teníamos otra literatura: las revistas de historietas, los comics. Ni los "literarios" más serios escapaban a su mágico atractivo. Muchos aprendimos ahí el valor del género, generalmente subestimado por los intelectuales argentinos.

Esperábamos con ansiedad el Tony, D'Artagnan, etc. Conocimos las obras de los grandes del género, como Hugo Pratt u Oesterheld, éste último asesinado por la dictadura, autor de la magnífica saga del Eternauta, orgullo de la historieta argentina.

La literatura era un escapismo más, pero muchos prisioneros salimos enriquecidos culturalmente. Otra derrota de la dictadura.

Carlos y Félix

### Capítulo XVI

¡Juan!

*En noviembre, Juan fue liberado. Es decir: salió en opción. O sea: fue expulsado del país.*

*Lo supe al mes siguiente, las noticias se propalaban con lentitud, de boca en boca. A veces las listas eran publicadas con anticipación. A veces, después de los sucesos.*

*Mi corazón latió violentamente: Juan liberado. Logré encontrarme con mis padres; me arrojé en los brazos de mamá, llorando y riendo, obligándola a bailar?; pisándole los pies, como papá cuando le hacía la corte en la lejana Bolivia. Gritaba ¡Mi novio liberado! y otras pavadas: 'el amor de mi vida, mi novio en libertad', etc. etc. Papá y mamá sonreían, compartían mi alegría, trataban de calmarme. "Pasó mucho tiempo " decían, "apenas lo conociste, no te hagas ilusiones "y esas cosas que —me parecía—, dicen los adultos que no perdieron pero sí olvidaron su propia pasión. "Nosotros nos amamos, como ustedes, como ustedes se amaron y se aman ".*

*Durante los dos meses siguientes traté de ubicar a Juan en Madrid. Sólo sabía eso: que se había asilado en Madrid. Lo intenté a través de sus padres, pero ellos no contestaron. Cuando pude entrevistarlos, me contestaron con evasivas. Se negaron a darme su dirección. "Ya todo pasó", decían. "Pero nosotros somos novios", insistí. "Ya todo pasó, Juan tiene que reconstruir su vida. Tiene que olvidar el pasado ". Olvidar el pasado: olvidar el amor, nuestro amor, y el odio, el odio hacia los que nos separaron, hacia los que reprimieron, secuestraron, torturaron... El pasado no debe ser olvidado, les discutía. Pero ellos estaban más bien asustados. Sólo querían que su Juan, que también era mío a pesar de ellos, del tiempo, de la cruel separación "reconstruyera su vida". No todos aprendimos que Juanes había miles, no todos aprendimos a recordar. En algunos, el miedo tuvo éxito.*

*Intenté contactarlo por todos los medios, segura de que desde el otro lado del mar, ese mar inmenso que nos separaba, Juan hacía lo mismo. Tejé y destejé redes de relaciones, a través de toda Europa, los exilados, los organismos de derechos humanos, mientras se aproximaba la hora de partir. No lo encontraba pero era feliz. Juan estaba en libertad y yo iría pronto hacia él. Mariano, mi amigo tan querido, mi maestro tan serio y tan tierno, me ayudó abnegadamente cuanto pudo. Estaba en París y yo había conseguido una visa para ir hacia allí*

*En marzo del 80 volé a Europa. Partí del otoño a la primavera, del frío al calor, de la oscuridad a la luz, al encuentro de la libertad (pero Mariano me había enseñado que la libertad por la cual luchamos juntos, la libertad no sólo de Juan, la llevamos adentro), de Mariano y de Juan.*

*La despedida fue, como todas las buenas despedidas: alegre y triste. A último momento, abracé a Hany Tita y entre sollozos balbuceé: voy hacia la ciudad de La Paz. Era nuestro idioma.*

*En el Aeropuerto Charles de Gaulle me esperaba Mariano, naturalmente. Trataba de mantenerse serio y firme, pero yo, que lo conocía tanto como a Juan, acaso más que a Juan, lo sabía emocionado.*

*Fuimos a su casa, una pequeña habitación en el último piso de un viejo edificio, trepando con mis valijas por las antiguas escaleras. Pesaban una tonelada. Adentro iba mi ropa, mis libros, y —claro—, el osito de peluche.*

*Me cambié, me duché, hablamos hasta la madrugada, de sus cosas, de las mías, de las nuestras, ideas, sueños, planes. En la pieza había una sola cama. Dormimos juntos e hicimos el amor.*

### *La libertad I*

La liberación es un momento tan particular, emocionalmente tan confuso, que es difícil de transmitir. Cada una fue, a su vez, distinta.

La mía se produjo por ejercicio del Derecho de Opción, legislado por la Constitución y prolijamente pisoteado por la dictadura. Originalmente era automático, para todo aquel que estuviera "a disposición del Poder Ejecutivo" y sin causa judicial. Nuestro juicio terminó a los dos años de prisión pero, reglamentación por decreto mediante, tramitar la famosa opción se convirtió en otra pesadilla: en mi caso insumió diecinueve meses.

Al fin llegó. Mi nombre apareció en una de las famosas listas. Unos días después me sacaron, junto a otro compañero. Ahí también la incertidumbre. La sombra del caso Deghi planeaba sobre los liberados.

En realidad no éramos liberados, sino trasladados al Departamento de Policía de la Federa!, en Buenos Aires, donde permaneceríamos presos hasta que nos concedieran el pasaporte y luego puestos sobre un avión, con destino a un país elegido y que nos hubiera aceptado.

Nos llevaron primero a una comisaría de La Plata y desde allí, como supuestamente no había vehículo disponible, en tren hasta la Capital, guardados por una decena de policías de civil. Un juego de esposas púdicamente tapado por una campera, según indicación de los policías, unía nuestras manos.

De pronto el guardia del tren apareció controlando pasajes. Sucesivamente los policías mostraron sus esposas. Entonces levantamos las manos esposadas. El guardia puso cara de susto y se fue prestamente, por supuesto.

Al llegar a la estación Constitución les propuse a los canas tomar una copa en uno de los miserables bares de la estación. Aceptaron, siempre y cuando los invitara. Tomamos una ginebra Bols que supo a cognac francés.

Luego nos llevaron a una sede de inteligencia, creo que la D1PA (División de Investigaciones Policiales). Y unas horas después al Departamento, distante unos cien o doscientos metros. El trayecto entre Constitución y la DIPA lo hicimos en dos taxis, por supuesto pagados por nosotros. Y entre la DIPA y el Departamento a pie, caminando tranquilamente... ¡sin esposas! Por supuesto, intentar la fuga era estúpido y suicida. No sé ni sabré si eso era lo que deseaban.

Estuve 43 días en el Departamento de Policía, junto a una docena de compañeros que provenían de distintas cárceles en todo el país, algunos reencuentros, muchas noticias de "nuestro" mundo carcelario, algunas alegrías (tal o cual estaba vivo), algunas tristezas por la noticia de la pérdida de un compañero.

Una noche nos despiertan a todos, presos políticos y comunes, a los gritos. Nos hacen formar. El oficial de turno anuncia que "todo se acabó", que hay un golpe de estado.

¡Golpe de estado! En las puertas de la liberación, un golpe de Estado! Me dirigí como un autómata a los baños sintiéndome descompuesto. Mi famoso mecanismo protector de resignación y calma indiferente no funcionó.

Regresé al pabellón. Clandestinamente (en realidad negociado con la cana, con la cual todo se negociaba en el Departamento de Policía) teníamos una radio portátil. Los compañeros la habían encendido. Pasaban Yesterday, de los Beatles, cantada por Tom Jones. Los compañeros tenían cara de angustia. Recuperé la calma. "Compañeros -les dije-, nunca hubo un golpe de estado en este país credencial. Hasta que llegó

a nosotros. Entonces levantamos las manos esposadas. El guardia puso cara de susto y se fue prestamente, por supuesto.

Al llegar a la estación Constitución les propuse a los canas tomar una copa en uno de los miserables bares de la estación. Aceptaron, siempre y cuando los invitara. Tomamos una ginebra Bols que supo a cognac francés.

Luego nos llevaron a una sede de inteligencia, creo que la D1PA (División de Investigaciones Policiales). Y unas horas después al Departamento, distante unos cien o doscientos metros. El trayecto entre Constitución y la DIPA lo hicimos en dos taxis, por supuesto pagados por nosotros. Y entre la DIPA y el Departamento a pie, caminando tranquilamente... ¡sin esposas! Por supuesto, intentar la fuga era estúpido y suicida. No sé ni sabré si eso era lo que deseaban.

Estuve 43 días en el Departamento de Policía, junto a una docena de compañeros que provenían de distintas cárceles en todo el país, algunos reencuentros, muchas noticias de "nuestro" mundo carcelario, algunas alegrías (tal o cual estaba vivo), algunas tristezas por la noticia de la pérdida de un compañero.

Una noche nos despiertan a todos, presos políticos y comunes, a los gritos. Nos hacen formar. El oficial de turno anuncia que "todo se acabó", que hay un golpe de estado.

¡Golpe de estado! En las puertas de la liberación, un golpe de Estado! Me dirigí como un autómata a los baños sintiéndome descompuesto. Mi famoso mecanismo protector de resignación y calma indiferente no funcionó.

Regresé al pabellón. Clandestinamente (en realidad negociado con la cana, con la cual todo se negociaba en el Departamento de Policía) teníamos una radio portátil. Los compañeros la habían encendido. Pasaban Yesterday, de los Beatles, cantada por Tom Jones. Los compañeros tenían cara de angustia. Recuperé la calma. "Compañeros -les dije-, nunca hubo un golpe de estado en este país

con música de Tom Jones en la radio. Duerman tranquilos". Cosa que hice. Todavía hoy tengo ganas de agradecerle a Tom Jones...

Otra noche, un oficial aburrido, me sacó y me obligó a jugar ajedrez con él. Hice lo imposible por dejarlo ganar para irme a dormir. Imposible era eso: que ganara. Era tan obtuso que ni con la mejor voluntad lo logré.

Llegó el gran día, esta vez en un patrullero hacia el aeropuerto. Pero antes la inevitable incertidumbre/ angustia. Un policía se había quedado dormido y decidieron ir a buscarlo a su domicilio. Uno se preguntaba si no era una trampa. Me llevaron a una casa, bajaron, tocaron el timbre, no encontraron a nadie y seguimos viaje.

En el aeropuerto me esperaba mi hija, a quien casi no veía desde hacía dos años. Mi compañera estaba buscada y llegó al aeropuerto bajo protección de un diplomático israelí.

Marina, una rubiecita de seis años, corrió hacia mí frente al desconcierto incómodo de los

custodios. La abracé con mis brazos esposados.

Estuve varias horas en la sede de la Policía Aeronáutica, que finalmente me condujo al avión de una compañía holandesa. Al subir, le entregaron solemnemente el pasaporte al comisario de a bordo: "hacemos entrega del prisionero", dijeron. Y se retiraron.

Amablemente el comisario me devolvió el pasaporte, me comunicó que estaba a salvo, bajo la protección de la Monarquía Holandesa. Me preguntó si necesitaba algo, atención médica, etc. El avión estaba vacío todavía.

Unos minutos más tarde subieron mi esposa y mi hija. Describo todo menos la emoción. La emoción es indescriptible.

Félix

## ***La libertad II***

A diferencia de lo que ocurriría posteriormente con Félix, no me otorgaron el derecho de opción ni tampoco la libertad sino que me tocó lo que la dictadura dio en llamar "régimen de libertad vigilada", como si la libertad de todos los argentinos no estuviera bajo vigilancia. De todas maneras una libertad "condicional" era mejor que cualquier encierro.

El momento tan esperado se produjo un día de visita: el 4 de enero de 1979. Mi padre había venido a verme para anunciarme la buena noticia, con la ilusión de poder verificar que todo iba a transcurrir bien.

Después de la visita en la que logré despedirme de algunos compañeros, volví a la celda, preparé mis pocas pero entrañables pertenencias, fotos, cartas y... me puse a esperar.

Transcurrido un lapso que me pareció eterno me llevaron a las dependencias destinadas a los trámites burocráticos del caso y allí me comunican que no puedo llevar ni las cartas ni las fotos. Discutí hasta que un oficial accedió a mi pedido. No quería dejar lo que tanto tiempo me acompañó en el encierro.

Partí con un nudo en la garganta: me cuesta dejar detrás de aquellos muros a tantos compañeros y amigos presos y a ese cotidiano enraizado, casi "protector". La salida me colocaba en una incertidumbre paradójica, contradictoria, difícil de explicar. Tres tipos de civil que me esposaron antes de meterme en un Falcon, ese trágico símbolo de la dictadura. No sabía si me llevaban al matadero o realmente me dejarían en libertad. Estaba sentado atrás entre dos tipos, mirando la ruta que lleva de La Plata a la Capital. Me sorprendí de la cantidad de fábricas abandonadas que desfilaban al pasar los kilómetros de recorrido. Como si estuviera viendo en la pantalla de un televisor una película de guerra después de un bombardeo.

Permanecí unas cuantas horas en una dependencia del Departamento Central de Policía, con paredes tapizadas de fotos. Un policía se ocupó de arengarme: -Ves esas fotos, pibe, ¡Son nuestros compañeros asesinados por ustedes, los terroristas!

Bien entrada la noche me llevaron en un patrullero, sin esposas, a la comisaría 23.

Allí me esperaba, ansiosa, mi familia. Eran las once de la noche; estaba cansado pero quise caminar las diez cuadras que separaban la comisaría de la casa de mis padres. Era una noche fresca de verano. Bordeando el Jardín Botánico pude apreciar el aroma de las plantas que tan bien conocía de mis años de estudios agronómicos.

Mi sobrino Ignacio, cuya madre estaba desaparecida, se aferró a mí con una fuerza tremenda. Como si mi salida fuera signo de esperanza, presagio de la reaparición de su madre, que nunca volvería.

Lo primero que hice al llegar a "casa" fue ducharme. Ignacio se sentó en el suelo, delante de la puerta del baño, como cuidando que nadie se atreviera a sacarme de ahí.

Permanecí tres días sin salir a la calle. El departamento de mi adolescencia me parecía gigantesco -ya no tenía casa y mi ex-mujer y mi hijo estaban en Europa-, recibiendo a toda mi familia y amigos que no pude ver durante tantos años de encierro.

No paraba de hablar repitiendo anécdotas de esa increíble experiencia. Un día le quise explicar a mi cuñado cómo jugábamos al dominó. Con Félix éramos muy buenos jugando y habíamos ganado varios campeonatos en el patio. Mi cuñado, que no conocía muy bien las reglas me preguntó cómo jugábamos. Cuando intenté hacerlo me fue imposible: me había olvidado completamente.

Entonces comprendí que todos esos años habían marcado mi vida más profundamente de lo que sospechaba.

Carlos.

### *"Vigilado"*

Los primeros días de "libertad vigilada" los viví con mucha excitación: recibiendo visitas, devorando manjares, intentando recuperar algo los kilos perdidos.

De a poco fui saliendo. Lo acompañaba a mi padre a la oficina y a veces me animaba a pasear y salir al cine, siempre con alguien, claro. Hablaba mucho, contando detalles de todos esos años pasados en la celda, enterándome de la vida de cada uno. Así supe que muchos amigos de mis padres se habían borrado, temiendo el contagio del "hijo subversivo". La dictadura, además de asesinar, había hecho estragos en la mente de mucha gente.

Todas las semanas tenía que firmar el libro de presencia en la comi-saría. Al principio observaba desde el balcón si había algún coche con gente sospechosa esperando que saliera. En realidad nadie me vigilaba, salvo mis padres. Los milicos contaban con el miedo para que los propios padres se ocupasen de desanimar todo intento de militancia de los hijos.

Una tarde me senté con Perla, mi madre, en el balcón y muy seriamente le pedí que fuera al Ministerio del Interior a pedir por la libertad de Félix. Para mí era una cuestión de honor: no podía quedarme de brazos cruzados mientras mi compañero de militancia y de celda seguía encerrado. Sé que fue muy duro para ella volver a enfrentarse con el coronel San Román, tratando de dar explicaciones de por qué venía a pedir por Félix. Pero fue. Nunca sabremos si su intervención tuvo o no que ver con el otorgamiento del derecho de opción a mi amigo, pero lo cierto es que a los pocos meses le fue concedida la salida del país. Sí sabemos el valor de la actitud de Perla, como el de muchos padres y familiares que, a partir de la defensa de su hijo, fueron mucho más allá de ello.

Un primer intento de romper con los límites de la vigilada fue cuando me invitaron a un asado en Ramos Mejía. Tenía prohibido pasar la General Paz. Así que logré, después de una ardua discusión con el comisario, que me extendieran un certificado permitiéndome hacerlo, únicamente para ese domingo.

A los dos meses suena el teléfono y atiende casualmente mi hermana: dejan un recado de parte de un tal Barboza, que quería hablar conmigo. El único Barboza que conocía era un torturador de la Marina que me interrogó en La Plata en noviembre del '77.

Inmediatamente recurrí al consulado israelí: allí me recibieron correctamente y me propusieron sacarme del país. Me negué por el momento diciendo que quería resolver el problema por otra vía. En todo caso, sabía que el consulado estaba abierto para mí 24 horas por día en caso de apuro.

Decidí ir con mi madre a ver al coronel San Román, responsable en el Ministerio del Interior de cuestiones ligadas a los presos políticos. Esa dependencia había sido visitada durante años por mi madre con la ilusión de hacer presión por mi libertad.

El coronel nos recibe y le explico la situación: que hay gente de la Marina que quiere encontrarse conmigo. Que no tengo la más mínima intención de hacerlo. El coronel, después de un discurso explicando que "había gente que no entendía que las cosas habían cambiado en el país" me propuso aceptar la cita para que el ejército intervenga. Me negué argumentando mi decisión de no quedar en medio de una guerra entre dos servicios de inteligencia, y mi voluntad de ser un ciudadano normal, trabajar como todo el mundo y dejando atrás esa pesadilla. Finalmente le di el teléfono que los marinos habían dejado, con total impunidad, en su recado telefónico.

El personaje miró los números, y dijo: -Mire, Sr. Schmerkin, usted haga su vida normal. Si algún viejo amigo lo llama y lo quiere ver, usted me avisa, me da el nombre, así lo controlamos para que usted no se meta en líos. ¿Está claro?

Más claro, agua. Me dijo lo mismo que los otros, con más suavidad: que colaborara con los torturadores y asesinos pasando por dependencias oficiales.

Esperé unos días otro llamado pero nada. Los llamados no se repitieron. La táctica funcionó. Dos meses después retomé mi mi-litancia a escondidas de mi familia y con absoluto cuidado, verificando que nadie me siguiera en mis desplazamientos.

En agosto me levantaron la "vigilada". Quedé en libertad. Inicé entonces los trámites para sacar el pasaporte. Nuevas trabas: no quisieron otorgármelo. Aparentemente algún sector no quería que anduviera por Europa contando las barbaridades de la dictadura.

Finalmente, después de hacer intervenir a un amigo de un amigo, me dan el pasaporte. El 8 de septiembre mis padres me acompañaron a Ezeiza, me despedí con mucha emoción, sabiendo que no regresaría por mucho tiempo y subí al avión de Air France rumbo a París.

La sensación de libertad en el despegue fue indescriptible. Tan indescriptible como la emoción de llegar a París y encontrarme con mi hijo Nicolás después de tantos años de ausencia. Allí también estaba Félix esperándome. No sabía que ese día comenzaba una nueva historia que aún estamos escribiendo.

Carlos.

## Capitulo XVH

### Memoria y olvido

#### *a Ana De Los Pájaros*

*Ya estaba vestida y el café preparado cuando Mariano despertó. Desayunamos en silencio. Quiero ver a Juan —dije de pronto.*

*Tengo amigos en Madrid. Lo buscarán y cuando lo encuentren, podrás viajar —me contestó.*

*No. Quiero viajar ahora. No lo van a encontrar si yo no estoy allí, —insistí*

*No respondió. Se comunicó con la estación de trenes, preguntó horarios de viajes a Madrid, se preparó rápidamente y salimos. Otra vez el silencio.*

*Sacamos el pasaje, había que esperar una hora y media. Fuimos a un bar con nuestro silencio auestas... No era el Tortoni, no era el Bar de La Garúa, no era uno de los tantos en los que nos juntábamos para hablar, para aprender, para acompañarnos mutuamente, para damos coraje. No era Buenos Aires, era Francia, era París. No éramos los mismos, era como si fuéramos otros y los mismos.*

*Cerca de la hora, me pidió perdón. Yo bajé de mi silencio, acaricié su mano. "Te quiero mucho, Mariano, sos un hombre maravilloso ". Sonrió, con alguna tristeza. "Es la primera vez que me dicen hombre" dijo. Y agregó "Yo también te quiero, siempre te quise, desde la primera vez que te vi ". Entonces reí francamente, alegremente.*

*"No pasó nada malo, Mariano. Somos grandes y nos queremos. Hemos luchado juntos, hemos arriesgado juntos. Yo necesito hacer este viaje. Hace cinco años que busco a Juan, tengo que verlo. Tengo que ver a Juan, a este Juan, a este Juan entre los Juanes*

*Llegué a Madrid cuando anocheecía. Marcelo, a quien Mariano, mi diligente amigo Mariano, había convocado, me esperaba. "Cuídala, ayúdala" le debía haber dicho. / Era tan evidente! Me condujo a un hogar de refugiados. Ahí empezamos a preguntar. Nos quedamos hablando hasta tarde. Todos querían saber todo: qué pasaba en Buenos Aires, qué pasaba en el país. Estaban perfectamente informados, pero querían "tocar " el aire del país lejano, del que habían sido expulsados. Yo era ese "aire "y me respiraron sin*

*En sólo setenta y dos horas se acabó mi búsqueda de cinco años, Juan recordaba vagamente a*

una muchacha llamada María, con la que salió alguna vez, alguna noche de otro tiempo, en el lejano país donde la noche, precisamente, se había afincado. Me recibió con simpatía. Me preguntó... por Buenos Aires, por la Argentina. Yo le hablaba de la situación. Y de mi búsqueda de él. Entonces él callaba.

Luego volvían las preguntas. Respuestas generales y otra vez la lucha: la lucha de los organismos de derechos humanos, la conversión de madres, hermanas, novias, hijos, en militantes democráticos. La politización. Entonces él callaba. Y volvía a preguntar. Al principio lo hice por vos. Luego comprendí que no se trataba sólo de vos. Que lo mejor que podía hacer por vos era luchar por todos, "todos los Juanes solía decir". Poco a poco me lo enseñaron los compañeros, con infinita paciencia. Entonces él callaba.

De pronto dijo: "mira, más o menos me acuerdo de vos. Como una muchacha linda y simpática. Yo no tengo muchas ganas de recordar. Es el pasado, quisiera que comprendas, todo fue muy duro "

—Comprendo— mentí Pero olvidar no es bueno, no es sano. Muchos compañeros están muertos, pero vos estás vivo, yo estoy

viva. Si todos olvidamos, vendrán por más—agregué.— Tenía un gran nudo en el estómago.

Calló otra vez. De pronto pareció salir del letargo. "Es cierto", —dijo. "Olvidar no es bueno, el olvido no es bueno. Pero no se trata de "el olvido", se trata de mi olvido. Necesito olvidar, me dijo angustiosamente, al borde de las lágrimas. Estoy en pareja aquí, en un nuevo país y quiero construir una nueva vida, dejando atrás el pasado "

Ahora, el silencio fue mío. Fue largo y para él, creo, incómodo. El silencio fue mío, y la ruptura del silencio también. 'Este país no es nuevo. Vos sos nuevo en este país. El ya tuvo su dictadura, aún más brutal y duradera que la de nuestro país. Pero te comprendo. Antes le mentí, tu posición me desconcertó. Pero le comprendo. Sufriste mucho y necesitas olvidar. Algunos olvidarán. Otros no. La memoria permanecerá" Necesitó saberlo: "De veras me entendés ". "Sí, de veras ". Era sincera ahora.

Quiso saber hasta cuándo me quedaba. "Hasta esta noche". Vuelvo a París esta noche.

¿Tan rápido? ¿Por qué tan rápido? Preguntó. ¡Aprovecha a conocer Madrid unos días.<sup>1</sup>

No vine a conocer Madrid, vine a verte y ya te vi. ¿Pero qué apuro tenes?

Pensé la respuesta durante algunos instantes. No la sabía. Tardé cinco años en encontrar a Juan. Tardé algunos segundos, que me parecieron años, en encontrar la respuesta.

Es que en París me espera mi novio, le dije. "Se llama Mariano, y me acompañó en tu búsqueda". Y agregué: "y también me espera un osito de peluche".

Pensé, pero no se lo dije, porque no quería amargar su búsqueda:

"también me espera la memoria y, por lo tanto, la lucha". Lo hubiera lastimado diciéndoselo. El tenía su propia búsqueda —en el espeso bosque del olvido-, y yo la entendía.

Juan, que fue mi Juan y que era un Juan entre miles, muchos de los cuales ya no volverían, rió alegremente.

Yo lo acompañé en la risa, en la alegría recobrada

## **ANEXO**

Noticia Publicada en PAGINA 12 el 28 de octubre del 2004.

SOLA DESIGNÓ A UN FERROZ TORTURADOR.

Una mancha más

Sola designó en la cúpula del Servicio Penitenciario Bonaerense a un torturador, denunciado

*por crímenes de lesa humanidad. Desde el servicio de inteligencia se encargará de la destrucción física y psicológica de los presos y de! espionaje externo sobre jueces y periodistas, con ios que el SPB dice estar en guerra. El gobernador intenta destruir la Comisión Provincial por la Memoria, que se atrevió a señalar la inconstitucionalidad de los decretos que concedieron a la policía facultades de allanar, detener y requisar.*

*Por Horacio Verbitsky*

El gobernador de Buenos Aires Felipe Sola designó aun torturador como nuevo jefe de inteligencia del Servicio Penitenciario Bonaerense, la organización que rige las cárceles de la provincia donde, según el camarista Raúl Borrino, sobreviven 25.000 personas bajo un régimen semejante al de los peores "campos de concentración y quebraderos de la dictadura militar". Su denominada "Secretaría de Derechos Humanos" no objetó la designación. No basta con la memoria, simple o doble. También hace falta tener vergüenza.

El nombramiento como nuevo Secretaria de Información del Inspector mayor Ramón Fernández, alias El Manchado, consta en la Orden del Día 220/03, del 18 de noviembre del año pasado. Cuando asumieron sus cargos los nuevos miembros de la Plana Mayor y el Consejo Superior Penitenciario (dos estructuras que revelan la invariable militarización del SPB) el director, Emilio José Lauman, dijo que se había conformado "un grupo de trabajo homogéneo, necesario para encarar la dura tarea de 2004", orientada por el gobierno provincial. En una reunión más reducida, Lauman completó su arenga: "Estamos en guerra con un sector zurdo del Poder Judicial y del periodismo". Tres meses

antes del nombramiento, en agosto de 2003, los fiscales que siguen el Juicio por la Verdad en La Plata habían imputado al Manchado Fernández, junto con otros IS militares, parapoliciales y penitenciarios, por crímenes de lesa humanidad. Testimonios de ex detenidos en la última década por delitos comunes recogidos por este diario indican que Fernández no cambió su modus operandi. Lo que era difícil de prever es que alguna vez pudiera llegar a la cúpula del SPB en un cargo estratégico.

La denuncia.

En abril de 2002, el fiscal del Juicio por la Verdad, Félix Crous, presentó la denuncia penal por los crímenes cometidos en la cárcel de La Plata. Unidad Penal 9, que involucran a Fernández, ante el Juzgado Federal N° 1 de esa ciudad. Su titular, Humberto Manuel Blanco, la derivó al juez federal de la Capital, Rodolfo Canicoba Corral. En febrero de 2013 la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Plata solicitó que Canicoba declinara su competencia y la causa volviera al juzgado de La Plata. Entonces, Blanco dio vista a los fiscales generales Marcelo Molina y Carlos Dulau Dumm, para que decidieran si correspondía reuener la instrucción. En agosto de 2003, Molina y Dulau Dumm requirieron a Blanco que declarara nulas las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida e investigara los delitos de lesa humanidad cometidos en la Unidad Penal N° 9 de La Plata. Entre los 19 im-pulados además del Manchado Fernández están el ex agente de inteligencia Raúl Guglielminetti, alias mayor Guastavino; el ex capitán de la Armada Alfredo Asti?; el civil Carlos Castillo, alias El Indio; y el prefecto Abel David Dupuy, quien dirigió la cárcel desde 1376 hasta 1980. El dictamen de los fiscales dice que los detenidos en la U9 fueron privados ilegítimamente de sus libertades, some tidos a torturas y a condiciones infrahumanas de detención y asesinados por personal de las fuerzas conjuntas que ejercieron el terrorismo de Estado". Mencionan los lestimoníos que prestaron en el Juicio por la Verdad el fallecido diputado socialista Alfredo Bravo, el abogado de la acusación popular en el juicio de España, Carlos SIepoy, el periodista Eduardo Anguita, y otra docena de sobrevivientes o familiares de presos asesinados luego de falsas puestas en libertad.

El Manchado.

Ramón Fernández, alias Manchado, fue sindicado en esos testimonios como uno de los torturadores más perversos de esa cárcel, que concentró a la mayor cantidad de presos políticos del país. Numerosos legajos de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas refieren sus actos. Una de sus víctimas, Julio Mogordoy, dijo que lo apodaron Manciado porque sufría de vitíligo y tenía manchas de piel más claras en la cara y las manos c incluso un círculo de pelo blanco en la cabeza. Presos actuales cuentan que esa mancha en el pelo ha

dejado de ser evidente, dado el encanecimiento general de Fernández, quien sin embargo, conserva el apodo y la costumbre de golpear a los detenidos. El Manchado llegó a la U9 el 13 de diciembre de 1976 como parte de la patota del prefecto Dupuy, integrada, entre otros, por El Nazi Juan Rivadaneira, El Vietnamita Guerrero, Monona García, Cabeza de Candado y el Sátira de la Zapatilla. El debut del grupo fue inolvidable. La asunción de Dupuy y su equipo estaba anunciada para las 10 de la mañana, pero a las 5 irrumpieron sin previo aviso. Así lo relató una de las víctimas Eduardo Schaposnik a la revista Caras y Caretas, en enero de 1984: "Sacan a la gente de los pabellones a los palazos y a los gritos. Hacen un corredor, nos abren las celdas y, haciéndonos correr entre las dos filas de guardias armados con bastones y fusiles, con la cabeza gacha, nos apalean. A las patadas, a los golpes, nos llevan al salón de actos. Ahí nos vuelven a dar una paliza y nos desnudan. Mientras, saquearon las celdas robando lo poco que teníamos, papeles, cartas, revistas. Nos devuelven a la celda desnudos, corriendo, y nos vuelven a golpear en ese corredor de guardias. Allí cayeron algunos compañeros, heridos de

gravedad por patadas en la cabeza. El espectáculo era atroz. En la madrugada fueron sacando pabellón por pabellón, más de ochocientas personas desnudan, pasando entre las filas donde los guardias podían hacerles lo que quisieran".

Peligrosidad.

En enero de 1977 reclasificaron a los presos de acuerdo a su "peligrosidad". Según SIepoy, el pabellón 16 era para los denominados "perejiles", mientras que Alfredo Bravo mencionó el de "Las cuatro p" o "Presos por puro pelotudos". Pero también inauguraron celdas de castigo y crearon dos Pabellones de la Muerte: en el 1 alojaron a los militantes de Montoneros y en el 2 a los de ERP. Alberto Elizalde testimonió que los habitantes de esos pabellones eran rehenes, a los que les anunciaban que si había acciones de la guerrilla los matarían. Anguita se refirió a los asesinatos de Dardo Cabo, Roberto Rufino Pirles, Ángel Georgiadis y Horacio Rapaport, a cuyos familiares les informaron que habían muerto por suicidio o en intentos de fuga. Cabo y Pirles fueron ejecutados en Coronel Brandsen. "Tenían treinta disparos de FAL por la espalda cada uno", sigue el relato de Schaposnik. Al día siguiente, mientras en los diarios aparece la noticia del supuesto intento de fuga, tres detenidos del pabellón 1 son encapuchados y llevados a la dirección del penal, donde varias voces, entre las que reconocen la del director Dupuy, les advierten: -Ustedes son los próximos. Díganse a sus compañeros y que se queden piolas. Ese día tropas uniformadas entraron en el pabellón 2 e informaron que todos sus habitantes "han sido condenados a ejecución, que se llevará a cabo cuando lo disponga la superioridad. El 15 de enero se extrae de sus celdas a dos de los tres presos políticos del incidente en la oficina del director. Son Ángel Georgiadis y Julio Urien. El compañero que en ese momento se dedica a la limpieza del pabellón, Horacio Rapaport, inquiere sobre su destino al oficial que se encarga de sacarlos, y se lo llevan también. Son conducidos a los calabozos del penal, de donde los saca por la noche personal fuertemente armado. Después de doce días los cadáveres de Rapaport y Georgiadis son entregados a sus familias en cajones soldados que se les prohíbe abrir. La negué a cambiar la versión de los hechos y conseguí que me trasladaran al Servicio Penitenciario Federal. Por eso estoy vivo." El Manchado es un tipo "picante", que en la jerga significa duro, pesado, "de los que manejan todo, golpeadores y corruptos". Agregó que "es petiso y canoso, tenía un taller en Olmos donde desarmaban autos robados, yo le hacía el trabajo con otros presos". Respecto de la personalidad de Fernández, dice que le gusta "capear" a los presos, como en la época de la dictadura. -¿Qué es capear?

-Uno está durmiendo en la celda, entran en la oscuridad, te muelen a palos y te amarrocan... - ¿Amarrocan'?

-Sí. Te esposan, quiere decir. Te suben a un camión y no sabes dónde te están llevando. Cuando llegas a destino te bajan y te vuelven a moler a palos. A los jueces les inventan cualquier cosa, total, nadie investiga nada. Yo vi cuando a un pibe le rompieron los brazos a palazos. El Manchado miraba, nunca entraba porque es un cobarde, lo vi porque yo estaba alojado al lado de los buzones. -¿Era frecuente?

- Sí. Ninguno de los nuevos se salvaba. El manejo era así: entraba la patota del Manchado, te

molían a palos en la oscuridad, te arrastraban a la oficina del Manchado y ahí todo valía. A los pibes que caían por primera vez los volvía locos, les hacía lío con las visitas, hasta que se asustaban y la familia accedía a pagar. Otra cuestión era cuando los pibes en la visita tenían relaciones con sus mujeres, debajo de la mesa tapados con una manta. Si eran descubiertos eran cuarenta días de buzón, entonces esto era comunicado a la familia, del miedo siempre terminaban preguntando cómo se podía arreglar. Los oficiales contestaban "vamos a ver con El Manchado". Se arreglaba con plata y se levantaba la sanción.

## **Quebraderos.**

El 8 de julio de 2001, los camaristas de San Isidro Margarita Vázquez, Fernando Maroto y Raúl Borrino recibieron una carta anónima firmada por Prefectos Unidos del Servicio Penitenciario, que declaraban ser doce jefes de esa jerarquía y les advertían sobre "operaciones de inteligencia para amedrentarlos". Decían que el Servicio de Inteligencia del SPB había "acondicionado vehículos oficiales no identificables con la finalidad de quebrarlos, puesto que ustedes los han hecho conmocionar con sus permanentes inspecciones en las cárceles". El Servicio también posee aparatos para interceptaciones telefónicas. Borrino había firmado poco antes la resolución ya mencionada en la que reclamaba garantías para la vida de 22.000 presos que sobreviven "en condiciones infrahumanas y degradantes". Hoy son 25.000, apiñados en un espacio concebido para la tercera parte. Borrino y Vázquez están bajo amenaza de juicio político por aplicar las leyes que permiten salidas transitorias de los presos a partir de cierta altura de su condena y Maroto descalificado como "sensacionalista" y "mediático" por el ministro de Seguridad Raúl Rivara, por haber afirmado la verdad evidente de que hay participación policial en muchos secuestros extorsivos. A 28 años del golpe de 1976, El Manchado impera como entonces,

© 2000-2002 Pagina12/WEB República Argentina - Todos los Derechos Reservados

*Un jefe del SPB denunciado por PAGINA12, en disponibilidad.*

El pase al costado para "el Manchado".

Un límite federal para la bonaerense. Por Horacio Ceechi.

Ayer, después de que Página/12 denunciara que el gobernador Felipe Sola había designado al torturador Ramón "El Manchado" Fernández como jefe de inteligencia del Servicio Penitenciario Bonaerense, una fuente del ministro de Justicia bonaerense informó a este diario que se había firmado su pase a disponibilidad preventiva. El Manchado Fernández, acusado de integrar la patota penitenciaria que controló la vida y muerte de los detenidos en la Unidad 9 de La Plata durante la dictadura, imputado en el Juicio por la Verdad como un torturador salvaje, siguió su carrera de terror en las cárceles bonaerenses apañado por sus superiores hasta ser designado en noviembre pasado como jefe de Inteligencia del SPB, el mismo organismo acusado de montar operaciones de amedrentamiento sobre los jueces Margarita Vázquez, Raúl Borrino y Fernando Maroto. La primera reacción de Sola tras la nota de este diario fue un gesto protector. En lugar de desprenderse de un funcionario manchado como un leopardo, aseguró que "si se comprueban las denuncias no seguirá estando". Cuando Sola designó a Fernández en noviembre, o desconocía su historia, o le impusieron su nombre, o tenía un legajo dibujado. Pero ya no merecía estar. El domingo pasado, una investigación de Horacio Verbitsky reveló la última historia del "Manchado" Ramón Fernández. La última porque ya es un viejo conocido de los torturados durante la dictadura. En agosto de 2003, los fiscales generales Marcelo Molina y Carlos Dulau Dumm pidieron al juez federal platense Humberto Blanco que declarara nulas las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida e investigara los delitos de lesa humanidad cometidos en la UP 9 de La Plata. Entre los 19 imputados figuraba el inspector mayor Ramón Fernández, alias el Manchado, además de otros conocidos en la grilla de delitos de lesa humanidad como Raúl Guglielminetti, Alfredo Astiz, Carlos

Castillo y el prefecto Abel Dupuy, quien entre el '76 y el '80 dirigió la UP 9. A Fernández le pusieron el Manchado los detenidos-desaparecidos de la UP 9 porque sufría de vitíligo: tenía manchas

claras en la piel de la cara y las manos. Los fiscales incorporaron a su acusación los testimonios presentados en el Juicio por la Verdad por el fallecido diputado socialista Alfredo Bravo, el abogado Carlos Slepoy, que representa la acusación popular en el juicio en España, y el periodista Eduardo Anguita, entre otros. En esos testimonios, el Manchado fue señalado como uno de los torturadores más perversos. Además, Fernández es mencionado en infinidad de legajos de la Conadep.

Los antecedentes del Manchado sobran como para pasar desapercibidos. Sin embargo, tres meses después de presentada la imputación contra el Manchado y compañía, fue designado al frente de Información del SPB. Como informó este diario, su nombramiento aparece en la Orden del Día 220/03, del 18 de noviembre pasado. Su designación fue recomendada por el actual director del SPB, Emilio José Lauman. La Secretaria de DD.HH. bonaerense no puso reparos en la designación. En el mejor de los casos, no se enteró, con lo que obvia su endeble capacidad de control. El lunes, tras la publicación de la nota. Sola ensayó una defensa poco oportuna para sí mismo y excelente para el Manchado: "Si se prueban las denuncias contra Fernández va a ser desplazado". Ahora le firmaron la disponibilidad.